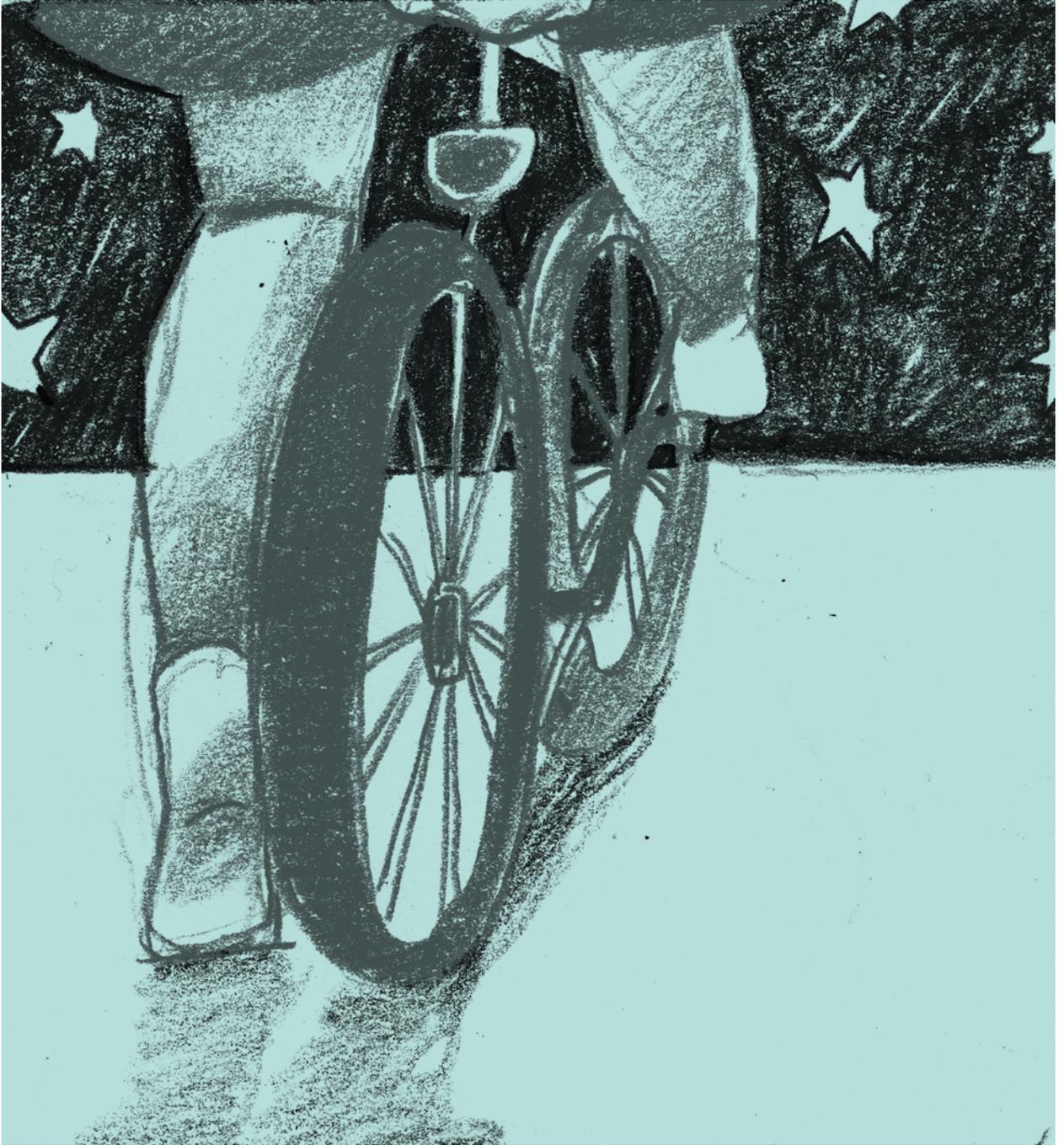


● punto de partida

LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

#252



JULIO-AGOSTO 2025 • ISSN: 0188-381X

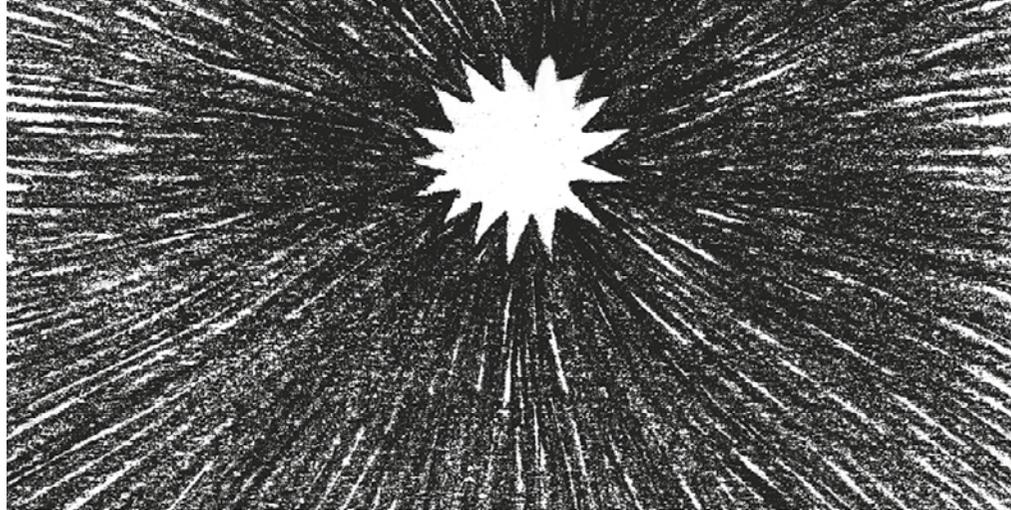
Sur



punto de partida

LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

252



6

EDITORIAL



DOSSIER

- 8 *Yucatán*
David Pineda
- 10 *Zona sur*
América Zepeda Cabiedes
- 16 *Mano de obra morena*
Gabriel Espinoza
- 22 *Carne muerta*
J. Mihail Koyoc Kú
- 28 *Trashumante*
Camila Almendra
- 30 *Raffaella Carrà y Heráclito, dos amantes del cambio*
Ricardo Hernández
- 34 *Xolotl*
Atzin Nieto
- 43 *Perder el sur*
Greta Ramos
- 44 *Canción de todos*
Rosario Lucas
- 47 *Ojos que no ven*
Camila González Giovinzazo

53 *Sueño en norte*
Marcos A. Medrano

60

Global Hawk
Diego Montoya

62

Abajo, cada vez más abajo
Dora Luz Herrera Jiménez

DEL ARCHIVO

64

Entrevista con
Elsa Cross
Ofelia Ladrón de Guevara



70

TESAURO

Calicanto

Citlalli Santos

RESEÑA

72

De voces y ausencias: un recorrido por Ch'ayet K'in al
Alejandro Durán Moctezuma



TINTA SUELTA

74

Conejos en la luna
Raúl Cirilo Salazar Baéz "Parzzival"



78

COLABORADORES



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Leonardo Lomelí Vanegas

Rector

Rosa Beltrán

Coordinadora de Difusión Cultural

Julia Santibáñez

**Directora de Literatura y Fomento
a la Lectura**

PUNTO DE PARTIDA

Dirección: Carmina Estrada

Edición: Aranzazú Blázquez Menes

Diseño y dirección de arte: Anilú Zavala

Impresión en offset: Litográfica Ingramex, S.A. de C.V. Centeno 162-1,
Col. Granjas Esmeralda, Ciudad de México, 09810.

Punto de partida, Dirección de Literatura y Fomento a la Lectura, Zona Administrativa
Exterior, Edificio C, primer piso, Ciudad Universitaria, Coyoacán, Ciudad de México, 04510.

puntodepartida.unam.mx

puntoenlinea.unam.mx

Tel.: 56 22 62 01

Dirigir correspondencia y colaboraciones a

puntodepartidaunam@gmail.com

La responsabilidad de los textos publicados en *Punto de partida* recae exclusivamente en sus autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución. *Punto de partida* es una publicación bimestral fundada en 1966, editada por la Dirección de Literatura y Fomento a la Lectura de la Coordinación de Difusión Cultural de la Universidad Nacional Autónoma de México. Insurgentes Sur 3000, Ciudad Universitaria, 04510. ISSN: 0188-381X. Certificado de licitud de título: 5851. Certificado de licitud de contenido: 4524. Reserva de derechos: 04-2002-032014425200-102. Tiraje: 1000 ejemplares en papel cultural de 90 gramos, forros en cartulina sulfatada de 12 puntos.

 Puntodepartidaunam

 P_departidaunam

 puntodepartida_unam

Sur



Las brújulas son precisas, el **sur** siempre está en la misma dirección. En cambio, la vida, en su esplendorosa complejidad, lo revela ahí a donde la identidad lo transporta. Es relativo si pensamos en escalas: el sur del país o de una ciudad, el sur del hemisferio norte, el sur del continente. Así pensado, lo **austral** carga consigo mucho más que marcas de espacio, lo signan las del tiempo, las de la memoria, las de los cuerpos.

La literatura de Latinoamérica tiene una tradición de largo aliento, sostenida por voces potentísimas, unas —las canónicas— más conocidas que otras, y algunas más —tan fundamentales como aquéllas— han sido reivindicadas en las últimas décadas a la luz de los feminismos y la puesta en relieve de otras lenguas y otras epistemologías. Y aunque esto ya lo sabemos, vale unas líneas recordarlo porque el *dossier* de este número muestra que el desplazamiento, el despojo y la explotación continúan ejerciéndose, y que de ello sigue dando cuenta la creación literaria.

Con voces desde Chile, Argentina, Yucatán, Veracruz, Oaxaca y Ciudad de México, aquí conviven afectos y pasiones, acentos y diálogos en otras lenguas como el tseltal o el tu'unsavi. Por ejemplo, la pregunta por la pertenencia, por lo que une, lo que excluye y lo que distingue al migrar está presente en el poema de David Pineda y en el cuento “Zona sur”, de América Zepeda Cabiedes; también en la reseña sobre *Ch'ayet k'inál* de Delmar Penka. Y de otra forma, en el cuento de Arzin Nieto —con un ritmo muy logrado— el habla nortea contrasta con la de la mixteca oaxaqueña.

También nos encontramos con ejercicios que ponen cara a cara el pasado con el presente, como el poema “Trashumante” de Camila Almendra, la crónica de Gabriel Espinosa sobre las haciendas de henequén y las naves industriales de Amazon, o el vertiginoso cuento en verso de J. Mihail Koyoc Kú. Lo propio hace Camila González Giovinazzo con una narración estremecedora sobre las desapariciones forzadas, que hace mancuerna con la serie gráfica de Rosario Lucas sobre canciones de protesta. Y con una crónica sobre “La pelea del siglo”, Marcos A. Medrano ensaya sobre “la grandeza americana en uno de sus sentidos más degradados” —el racismo tan lamentablemente actual—, frase que muy bien puede describir “Global Hawk”, poema de Diego Montoya. Se entiende, pues, que emerja el hartazgo; lo transmite Dora Luz Herrera Jiménez en su cuento sobre la falsedad de las campañas políticas, y Greta Ramos que cierra su poema con un denso: “tan rimero este sur/ que no ha dejado/ de lamerse las heridas”.

Y en este sentido, recordar los agravios históricos es una forma de resistir sus efectos, sí, pero también hay lugar para afectos más alegres, y eso se encarga de recordárnoslo Ricardo Hernández con un inesperado *crossover* entre Heráclito y Raffaella Carrà.

Para esta entrega de *Del archivo*, Ofelia Ladrón de Guevara conversó con Elsa Cross a propósito de su participación en la primera época de *Punto de partida* y sus indagaciones espirituales a través de la poesía. En *Tesouro*, Citlalli Santos nos comparte “Calicanto”, parte de su libro *Temporal de azucenas*. El *cómic* de este número lo hizo Parzzival, y es una historia sobre la transmisión de los mitos y la dificultad para conservarlos. Y la parte visual del número, del *collage* a la fotografía analógica y la ilustración, corrió por cuenta de Daniela Ivette Aguilar, Luis Escobar, Ana María Santacruz Delgado, Ricardo Briseño y Rosario Lucas, quien también es autora de la portada.

Tantas experiencias caben en una palabra tan pequeña. Que disfruten esta lectura. 📖

Aranzazú Blázquez Menes

Yucatán

David Pineda

I

Teníamos las manos ultrajadas, nuestros ojos eran sismos involuntarios,
desprenderse nunca ha sido fácil si jamás se ha pertenecido.

Así recorrimos lo que los extranjeros llaman *Paraíso*:

tierras cobijadas por hombres y mujeres fuertes
de rostros tristes y paisajes desconcertantes;

espacios cuya vehemencia se propaga por
la euforia misma de sus cauces cristalinos.

II

8 Mi padre transita el sol en su mirada, dice que viajar
es camuflarse con los días
albergar tonalidades,
y labrar las horas en las vísperas de su reflejo;
pero a veces los caminos no siempre son los deseados,
entonces, de pronto, viajar es arrojarse a uno mismo
darse palmaditas en el costado
y esperar que con ello los paisajes vividos
acojan lo perdido.

III

Nos preguntan de qué país venimos,

el mañana no es *Nacional*.

Yo quería conocer el sureste: con sus días paradisiacos
con sus mares escapando sobre nuestros ojos
o con las siluetas de una gramática depurada
y el exilio de una tierra acaudalada, pero inasible en su sombra.
El país que siempre es para los *otros*.

IV

Hablamos español, pero una franja gastronómica nos divide:

nos dicen *Poc Chuc* y no comprendemos

nos dicen *Papak-tsul* y no lo entendemos,

nos dicen *Kibis* y ellos en suspenso

nos dicen *maíz* y ambos agradecemos.

V

9 Mi padre lleva en su apellido la iconografía de
la tradición española, pero aquí, en medio
de la carretera, siglos de historia se evaporan hacia las nubes,
ahora la invención yace sobre espectaculares a pie de la playa / la Tierra Prometida
en donde todos beben Coca-Cola frente a las olas,
mientras la tarde se extiende sobre sus rostros
y el follaje de la brisa trasmuta con las solapas solares,
en leves quemaduras sobre sus pieles de nácar: *we brought sunscreen*.

VI

La noche colapsa y se estrella en las luces citadinas,
detrás de las ventanas el calor amartela a los cuerpos
y en las ráfagas de claroscuros
la autopista pernocta,
y florece al unísono del alba.

David Pineda (Michoacán, 1996). Egresado de la Maestría en Estudios de Literatura Mexicana por la UdeG. Ha publicado crónica, poesía y cuento. Obtuvo mención honorífica en el Concurso XI de la revista *Luvina* en Poesía, y el segundo premio del Concurso 50 de Punto de Partida en Crónica. Es coautor del poemario *Dejarse morir* (2020) y del libro de cuentos *Catorce voces: literatura en lagos* (2022).

Zona sur

América Zepeda Cabiedes

Qué frío hace. Hoy no creo poder acostumbrarme: tener que usar esta cantidad de chamarras en julio me resulta absurdo. En realidad, yo nunca usaba chamarra. Si acaso, alguna de mezclilla ligera en invierno, o quizás un suéter delgado, algo así. En la Ciudad de México tenemos dos semanas de invierno al año, y eso sucede en enero. Muy lejos de julio.

“Te miro, boluda, y no entiendo: ¿cómo haces para llevar esa pollera tan corta a las seis de la mañana, en este invierno?”, te dije en mi mente. No sé cómo haces para venir así, con esos tacones, nada de abrigo, y estar esperando un bondi en la 9 de julio a esta hora. Deberías estarte congelando.

O tal vez la que está vieja soy yo. Te miro ahí parada y me doy cuenta de que cargo encima muchos más años de los que creía. ¿Cómo habrá sido tu noche porteña este sábado? ¿Con quién habrás salido? ¿Con amigas? ¿Con un chongo?

Chongo, esa palabra que entendí rápido. Me hace gracia: ese posible amante, todavía en estado de limbo, entre la joda y el noviazgo. El *ligue* decimos de dónde vengo. ¿Vienes volviendo de una fiesta? Yo voy para La Plata. Me pregunto si tú también vas para allá.

No, no creo. ¿Por qué habrías venido desde La Plata hasta Capital por una sola noche? Quizás te bajás en Florencio Varela. O en alguna otra zona del conurbano.

Eres bonita. En mi país diríamos que se te ve que eres canija. Pero a todas las argentinas se les ve que son canijas. Qué envidia. ¿Quién pudiera?

Traes el cabello lacio hasta la cadera, me recuerda a cómo lo llevábamos en la primaria.

▼ Ana María Santacruz Delgado, de la serie *Bogotá, salón de juegos*



Largas cabelleras y moños en media cola de caballo. Eres joven, sí. Aunque quizás no tanto. Probablemente estás en la universidad. A lo mejor estudias en alguna de las universidades nacionales donde he dado un par de clases.

Uy, estás rolando un puchito. Bueno, está bien. Aunque es muy temprano, me va a dar náusea. No entiendo por qué acá la gente fuma tanto en la calle. En Argentina se fuma en todos lados. Las prohibiciones no han calado tan hondo como en México. Pero fumar en la calle es hacer que los demás fumen contigo. Una comunión bastante grosera.

Dejé de fumar hace unos años. Lo hice por salud, pero sobre todo, por buscar independencia. Me di cuenta de que el cigarrillo era una metáfora de la relación en la que estaba. De la relación conmigo misma. Y de un par de traumas repetitivos. Así que dejé todo de golpe y me vine para acá.

Llegar con dos maletas a una ciudad nueva, casi completamente sola, sin conocer los usos y costumbres de las personas es —para mí— una experiencia obligatoria. Creo que es la única manera de reinventarse. Y de crear una nueva historia.

Cuando llegué tuve otra dependencia. Pero esa la elegí. Elegí “unir mi destino a los destinos de esta nación”, como dijo Evita. Qué gracioso. Te miro aquí, en la parada del bondi, y me pregunto: ¿serás gorila?, ¿serás peronista?, ¿te interesará algo de eso? No lo sé. Tu ropa, toda de negro, completamente impersonal. Esa cara de haber pasado horas sin dormir.

Bueno, me he quedado mirando la nada. Al final me doy cuenta: ya te tengo al lado.

—Parece que no pasa más el bondi —me dices, un poco desesperada y un poco aburrada, como para platicar.

—Y sí, pasa que a esta hora tarda un poco —te respondo.

Encima es domingo, pienso. —*La concha de la lora* —decís recargada. Noté mucho la n en la palabra *concha*. Siempre me ha dado mucha gracia esa expresión porque, de verdad, para mí no significa absolutamente nada, así que la puedo usar de vez en cuando simplemente para mostrar desesperación, pero sin sentir nada afectivamente.

Hoy hay muchas frases así que ya aprendí a decir, pero que no me remueven un pelo. Es como traducirme.

Entonces reflexiono en cómo pausas antes de decir “y sí”. Y luego pienso que yo ahora digo “pasa que” en lugar de “es que”. Ya no entiendo nada. Porque si empiezo por ahí, nunca acabo de descifrar qué dialecto es el mío. Qué dialecto me autoimpuse.

—¿No tenés frío? —te tiro, como la vieja que soy. Entonces me ves de arriba abajo. Claro: traigo abrigo, guantes y una bufanda.

Te reís y me dices:

—¿Y qué? ¿Vos vas al Polo Sur o qué pasa? Nos reímos las dos.

Me ofreces un puchito con la mano. Con sólo pensarlo, me vienen unas náuseas absolutamente terribles. Me imagino el dolor de cabeza, el olor impregnado, tener que quitarlo de mi ropa, mis guantes, mi pelo... pero, por rebeldía, te digo que sí. ¿Ante qué me estoy rebelando? Bueno, un poco ante esta mujer que hace siempre lo correcto, o sea, quien te habla: yo.

Me di cuenta de que acá —o aquí, o como se diga— las mujeres tenemos más tiempo. Nadie te anda corriendo con el reloj biológico. O bueno, sí, quizá alguna persona... pero no en mi círculo.

Tengo un círculo curadísimo de progresía argentina, diversidad sexual y profesiones que no dan un peso. Mis amigas son todas trolas, vagas, escritoras, tienen relaciones monógamas, poliamorosas, promiscuas, de todo.

Y me miran a mí con ternura. Yo soy “la nena”, porque todas están en la flor de la vida: sus cincuenta y tantos. ¡Quién pudiera! No en México: allá cumples treinta y ya te están contando los óvulos.

Bueno, esta pendeja debe tener unos... no sé... ¿veintitrés, veinticuatro años? Y ahí es cuando se me viene a la mente esa otra frase hecha: *nació en democracia*. Ahora, bueno, *nacer en dictadura* es bastante obvio a qué se refiere. Pero cuando decimos que alguien *nació en democracia*... se nos complica todo, ¿no? ¿Qué democracia se alcanzó acá? ¿Qué democracia se alcanzó en mi país? No sé.

Hay otras frases que son incluso más potentes. Que podrían describir este caso: *nació en la década ganada*. Eso puede significar muchas cosas, pero últimamente significa, sobre todo, que esta pendeja tuvo todo siempre resuelto.

Nació en democracia. No sabe lo que es sufrir. Y posiblemente simpatiza con la antipolítica —cuando no directamente con la política neofascista que abraza esta nación—.

Ay, qué gracia me da. Pero bueno, me da gracia no porque me haga la superada ni mucho menos... sino porque todo es tan *profundamente argentino* todo el tiempo. Bueno, no sé. Supongo que todo es absolutamente mexicano cuando estoy allá. Pero no sé... es distinto.

Casi me termino el cigarrillo y ya pasaron dos cosas. La primera no volvimos a cruzar ni una palabra ni una mirada. Y la segunda... la segunda, terrible: no me dio náuseas. Me

gustó un poco. Tantas cosas que desearía que no me gustaran y me gustan un poco. Como tú, creo que me gustas un poco.

Ahora no sé cómo seguir. Estoy un poco congelada en mis pensamientos matutinos, pero se debe entender que yo me paré hace una hora y vos llevás un montón despierta, vivaz, contenta.

—¿Vas a La Plata, vos? —te pregunto, traduciéndome. Me siento una estúpida haciéndolo, pero a veces una no quiere empezar todas las conversaciones con: “¿Y de dónde sos?”. Sobre todo porque me imagino que empezáramos a charlar así: “Soy de la Ciudad de México...”.

Y tú responderías: “¿Del D.F.? ¿Del defectuoso? Ah, sí, sí, yo estuve, tengo un primo que vive en Playa del Carmen”.

Por favor. ¿Cuánta gente puede seguir diciéndole D.F. a la Ciudad de México? ¿Y cuántos argentinos pueden tener un primo que vive en Playa del Carmen? Preguntas de Jeopardy. Pero bueno, todos mis esfuerzos se caen ante mí cuando me dices:

—No, me bajo antes, en Florencio Varela —dices. *Lo sabía*, pienso, y me siento orgullosa.

—¿Vos sos de acá? —me decís, frunciendo el ceño. Y yo siento que la sangre me hierve de una manera tal que quisiera sacarme el abrigo y quedarme en bolas. No me salió el acento, maldita sea. ¿Cuántos años más me voy a quedar con este maldito acento y esta maldita conversación? Voy a mentir.

—No, soy de Asunción. En Paraguay.

—Ah, de Paraguay, ¡qué lindo! Yo estuve hace un tiempo —dices. ¡Carajo! Yo no he estado nunca, maldita sea.

—Pero casi no se te nota el acento —agregás.

¿*Qué acento tienen los paraguayos?*, pienso. Una sola vez en la vida tuve un profesor paraguayo, pero se había criado en Chile, así que hablaba como chileno y no como paraguayo. Me quedo sin referencias. Nunca más he interactuado con nadie de Paraguay. Bueno, al menos no parece que tengas un primo que vive allá.

—¿Y qué estudiás? —pregunto, ahora más consciente de mi acento y de que ni siquiera recuerdo si en Paraguay vosean o tutean.

—No, yo no estudio. Hace mucho que lo dejé —decís. Haces una pausa.

—Me hubiera gustado... no sé... quizás hacer un profesorado y dar clases. Pero la verdad es que tampoco era muy buena en la escuela. Seguro vos fuiste muy buena en la escuela.

—¿Por qué? ¿Porque no estoy volviendo de la joda? —te pregunto y te estallas de risa.

—Sí, sí, por eso. Ésa fue una de las primeras razones por las que yo no fui buena estudiante. Pero bueno, ahora con mis hermanas tenemos un salón de belleza. Yo hago manicura, sobre todo.

—Ah, mirá qué bien —te respondo. Inmediatamente miro tus uñas: miden como cinco centímetros y están llenas de piedritas. Pero qué mal gusto, por favor. Pero me hace gracia, me parece tierno. Ahora todas andan como traperas.

Yo no. Yo las tengo más bien cortas. Eso sí, siempre perfectamente esmaltadas. Y no me las hago yo: voy a que me hagan la manicura porque tengo dos pies izquierdos en las manos.

—¿Vos qué hacés? —me preguntas.

—Soy profesora —te digo riendo porque sé que sentirás que me leíste a la perfección—. Estoy dando un par de cursos del CBC en Quilmes.

—Ah, qué bien —me dices mientras llega el bondi.

Subes al bondi detrás mío. Yo voy y busco un asiento junto a la ventana, pero que tenga el otro libre. Al principio no lo veo, pero entonces se levanta una señora y pienso que podríamos sentarnos ahí. Me siento del lado de la ventana, total yo bajo mucho después.

Miro un poco hacia afuera y me agarro del asiento de adelante.

—Qué lindas tus uñas —me dices—. Nunca las he podido tener así de cortas, pero dicen que es más práctico.

Ana María Santacruz Delgado, de la serie *Bogotá, salón de juegos* ▶



Sonrío y me contengo de devolverte el cumplido con esa falsa amabilidad que a veces se me escapa, porque la verdad es que no me gustan tus uñas.

—Mis uñas ya son de señora —te digo.

Y entonces me dices, como si nada:

—Pero si sos tan joven y guapa.

Me toma dos segundos enteros entender que eso fue un cumplido. No sé si fue un coqueteo, pero lo quiero creer. Me muero de ganas de que lo sea. Miro por la ventana, como si ahí estuviera la respuesta. Pero no hay respuesta. Sólo avenidas grises y techos bajos. Pienso que seguramente entendí mal. O que igual no va a pasar nada. O que, si pasa algo, me voy a quedar muda.

Seguimos conversando hasta Florencio Varela.

—Bueno —me dices, cuando el bondi frena—. Ésta es mi parada. ¿Vos también venías hasta acá? ¿Querés ir a tomar un café con medialunas?

Y ahí es cuando pasa. La veo: la posibilidad. Es tan pequeña, tan ridícula, tan urgente. Me dan ganas de reírme, porque la frase que aparece en mi cabeza no tiene ningún sentido. Pero igual se queda ahí, repitiéndose, como si fuera una decisión: *Total, si sale mal, me cambio de país.*

Me bajo atrás tuyo.

Y no tengo idea de qué va a pasar. 📍

América Zepeda Cabiedes (Ciudad de México, 1995). Licenciada en Estudios Latinoamericanos por la UNAM, maestra en Ciencia Social por El Colegio de México, actualmente cursa el doctorado en Estudios Latinoamericanos en la UNAM. En 2020 obtuvo el premio a la mejor tesis de licenciatura por su investigación en el campo de los estudios latinoamericanos.

Mano de obra morena

Gabriel Espinoza

Si hay alguien que me lleve a los límites del aprendizaje y la improvisación es un sobrino adolescente con el cual tengo sesiones de inglés. Desde que dejé de trabajar en Amazon, me he dedicado a esto, a ser tutor de inglés. Fue la primera respuesta, y la más obvia, ante la profunda pregunta que mi esposa me hizo al término de mi año sabático: “¿Y ahora... qué te gustaría hacer?”. Sinceramente, nunca nadie me había planteado un cambio de carrera. Supongo que en México nos enseñan a ondear una bandera que no es nuestra, como la del partido político familiar, la del *alma mater* o inclusive la que trae el escudo del Atlante. Pero confieso que este cambio me ha sentado más que bien. Me gusta conocer y escuchar a las personas, sé el idioma y me gusta enseñar, por lo que ahora conseguí algunos alumnos para llenar mi turno matutino y, por la tarde noche, practicar uno que otro *hobby*. Tantos hábitos en la escalera corporativa no se borran de la noche a la mañana.

Volviendo al adolescente oclusivo, para una sesión en particular me preparé con material de una cultura que lo fascina. Durante la sesión, repasamos algunas prácticas de la sociedad japonesa, como *shodō*, *cado*, *geido* y *kendo*; pero la palabra *komorebi* resonó muy profundo en mí, pues, a diferencia de cuando trabajaba en el almacén, ahora entre clase y clase, en esos tiempos muertos entre cambio de acentos y personalidades, me recuesto en una hamaca en el patio, donde me asombro ante el crecimiento y compás de las palmeras arecas. La fusión entre luz y sombras. Un momento tan especial que los japoneses decidieron crear una palabra que define todo el fenómeno.

Agosto del 2021

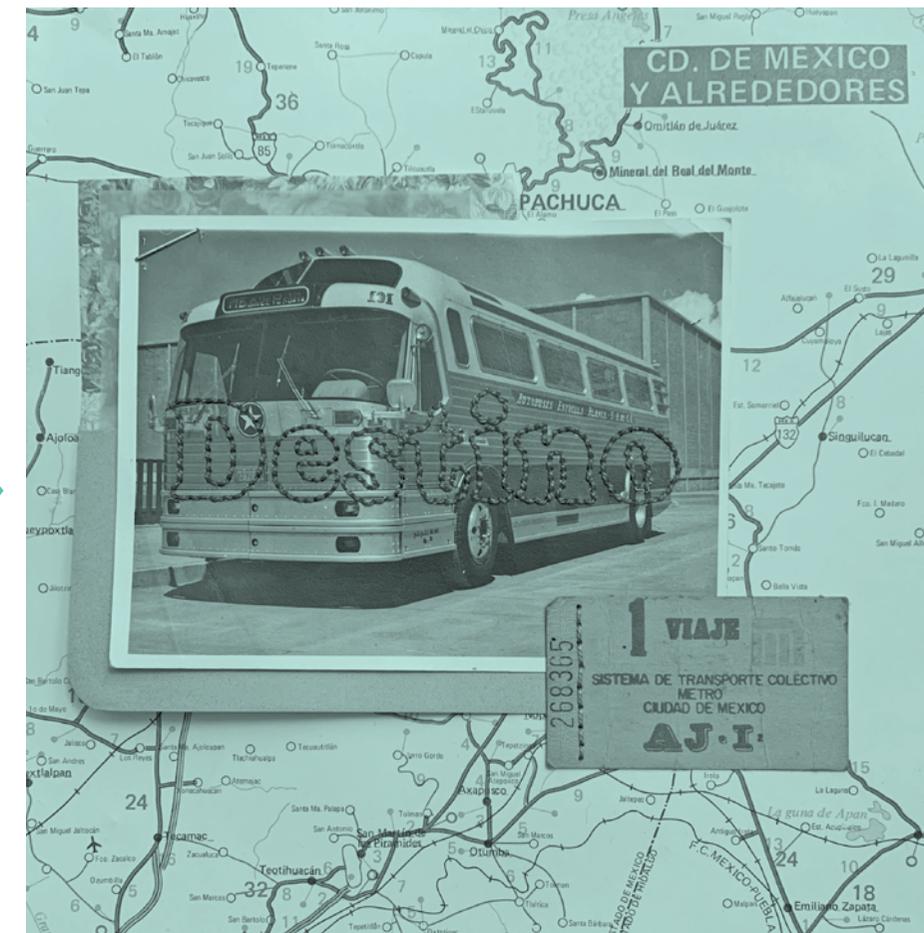
Hacienda Mucuyché en Abalá, Yucatán

—¡Amigos! ¡Vengan por acá! —El guía estaba a punto de mostrarnos el proceso de elaboración del henequén, el famoso oro verde, mientras

murmullos y quejas de la humedad típica de la región se alzaban entre el grupo de turistas, casi todos nacionales. Supongo que no importa qué tan popular sea la cultura maya en otros países. Aun para la mayoría de los mexicanos es como caminar en terreno desconocido.

—¡Muy bien! Cuidado con la cabeza... ahí hay espacio y por allá también. ¿Me escuchan todos? —El guía nos acomodó bajo un techo rodeado de arcos que terminaban en punta, con vista al jardín. Arriba de nosotros, un sinfín de herramientas típicas de la época como sierras de disco, tijeras oxidadas, serruchos sin filo, martillos desgastados y otros utensilios colgaban desde lo alto de la viga, cual museo de arte contemporáneo.

Daniela Ivette Aguilar, *Destino* ▶



—Si esto lo vieran en un café en la 60, estaría lleno de Marifers —le dije a mi esposa, a lo que ella contestó con un “shh”. A nivel del suelo, las mesas con henequén, fibras y sillas para cabalgar le daban un atinado toque rural.

—Bueno, el henequén es un tipo de agave, el cual se debe raspar de esta manera para obtener fibras individuales —El guía tomó una hoja de sábila seca, la sujetó entre sus dedos del pie y comenzó a tallarla con una lija en forma de cinturón de arriba a abajo, como un violín antiguo que desprende sonidos secos—. Luego se deja al sol y posteriormente se entrelaza con otras para formar la sogá... A pesar de haber renunciado a Amazon y a la seguridad industrial meses atrás, durante la explicación del guía noté que la hacienda y las herramientas son muy similares a las de una nave industrial moderna. Las herramientas de trabajo más básicas porque siempre se puede ahorrar aquí y allá, las estaciones de trabajo poniendo al límite la anatomía humana y los bonos de productividad que siempre se ajustan a conveniencia, como tiendas de raya.

“Por lo menos aquí no les niegan una vista hacia el exterior”. Durante aquella visita a la Hacienda Mucuyché, mi adiestrado/acondicionado subconsciente se activó imaginando mil y un maneras en las que los antiguos trabajadores pudieron haberse lesionado, pero pronto me rendí ante la distracción perpetua de una ceiba que se mecía entre la tierra y el cielo.

Komorebi.

—Oye, ¿te conté que en el almacén no hay ventanas? —Mi esposa captó un prólogo de chisme en la pregunta, dejándome terminar mi argumento. —El viento puede romper los cristales —dije, cargado de razón. Ella guardó silencio y dijo...

—No creo. Probablemente es la misma estrategia que en los casinos.

— ...

—Para que no te des cuenta de que el día pasa y no te distraigas. —Siempre he pensado que hay personas que no deben tener tanto poder en sus manos. Definitivamente Mich es una de ellas.

—¿Desde tu lugar veías hacia afuera?

—No. Mi lugar estaba frente a unas bandas donde empaquetaban las cosas que compras. A veces me inventaba recorridos en el patio con tal de salir un rato y ver el día.

—¿Alguna duda? —Los ojos del guía esperaron ansiosos que compartiéramos algo interesante con el resto del grupo.



—Sí, ¿por qué era tan importante el henequén? —pregunté de bote pronto.

—¡Ah, buena pregunta! El puerto de Sisal y Puerto Progreso fueron claves para ello, pues ahí llegaban los navíos holandeses, por lo que... —El guía continuó con la explicación, dejándonos atrás, arreando al resto de los fieles en su peregrinación. Mich y yo decidimos curiosear las cajas donde transportaban el preciado material.

—¿Ya viste esto? ¡Qué pesado ha de estar! —Michelle intentó rodear con sus brazos un enorme cajón de madera, mucho más alto que ella, lleno de fibras de henequén seco. Mi mente seguía pensando en las ventanas y en el almacén.

—Los asociados cargan cajas llenas de leches. De esas que traen doce litros cada paquete.

—¿Qué no usan robots?

—¡N'ombre! Los robots sólo están en Estados Unidos. Acá todo es a mano. Les enseñamos a los trabajadores a cargar doblando las rodillas, con la fuerza de las piernas, pero casi nadie lo hace. Digamos que la empresa no se fija en la condición física a la hora de contratar. Acá no hay espacio para la “hora-nalga”.

—Supongo que deben justificar tanta inversión con la generación de empleo. Pero hay otros... para mover tarimas...

—¿Patines hidráulicos? Bueno, con esos sacan la tarima del tráiler. Pero luego tienen que mover las cajas de leche desde la tarima hasta un estante.

—¿Y cómo lo hacen? —preguntó. Intenté recordar si en algún momento le había platicado cada parte del proceso, pero supongo que llegaba a casa con el ceño tan fruncido y los hombros tan tensos que ni le daban ganas de preguntarme por los detalles.

—Todo es a mano. Cuando tú compras algo en línea, otro equipo es el que va a buscar tu producto a los estantes. Lo pone en un carrito y lo lleva a empaquetar. Cada artículo se escanea como... como en el Costco o el Sam's, cuando te piden tu ticket antes de salir. Ahí te dice qué buscar y en dónde encontrarlo. Hay como cien pasillos que recorrer. No hay tiempo para el *boredout*.

—Querrás decir *burnout*...

—No. Ése es otro. El *boredout* es la desmotivación al trabajo. Acá sobra porque ponen música y haces músculo.

Eventualmente logramos alcanzar a los demás del grupo, quienes tomaban fotos de una máquina que abarcaba el doble techo de la hacienda. El óxido en exceso, las plantas creciendo alrededor y las piezas originales con un logo alemán le daban un toque post-apocalíptico. Durante la sesión de fotos,



el guía explicó que la máquina agilizó el proceso manual, facilitando la generación de cientos de kilos de henequén por día.

—Disculpe, ¿qué es esto? —El buen ojo de uno de los turistas del pelotón de adelante notó una especie de tapa incrustada en el suelo.

—Ah, es un baúl para cocinar. Parte del folclore de las haciendas es que los dueños hacían platillos típicos como pavo en escabeche o cochinita pibil —dijo el guía.

—¡Ah, qué buena prestación! —remató alguien del grupo con acento chilango mientras unas risas saltaron en el aire.

—Mmm... en el almacén, como son turnos de doce horas, te dividen la hora completa en dos. Treinta minutos para el desayuno y treinta para la comida —le dije a mi esposa, otra vez rezagados del resto del grupo.

—¿Treinta? ¡Es muy poco tiempo! ¿Tú también comías en ese tiempo? Muchas veces volvías con el *tupper* intacto.

—Yo intentaba tomarme la hora, pero siempre había algo que hacer. Pero son treinta minutos completos suponiendo que llevas comida y la calientas en el micro. Si no llevas algo, pierdes minutos en comprar, parado más tiempo en una fila enorme en el comedor. Los que éramos gerentes nos tomábamos la hora y un poco más si salíamos por un cigarro.

—Hubieras vuelto a fumar. Para pasar más tiempo fuera.

20

Tras una buena caminata, el grupo se veía cansado; algunos participantes volteaban a la piscina, seguramente planeando cómo sería su primer clavado. Me imagino que eso mismo pensaban los trabajadores que dejaban sus huellas dactilares al trabajar cada hilo. A lo mejor los antiguos empleados faltos de dotes acuáticas veían la gran espesura de la selva, alrededor de la exhacienda, como su mejor oportunidad de supervivencia. Tantos años después y hasta los turistas pensábamos en un método de escape del *tour*, deseos de aventarnos en la alberca más cercana.

—Antes de dejarlos ir... ¿Alguna duda ya para cerrar el recorrido? —Una vez más, mis dotes *verbolarias* rendían frutos.

—Sí, ¿por qué las haciendas yucatecas dejaron de funcionar?

—¡Buena pregunta! ¿Quién tiene tiempo para hablar de la reforma agraria? —El guía bajó la mirada, como si tan sólo la pregunta trajera consigo una pena ancestral, como si aún tuviera crédito pendiente en la tienda de raya.

—¿Cómo te fue? —pregunta Mich mientras cenamos en el comedor. Un día de marzo del 2022, contra todo pronóstico, presenté mi renuncia.

—Fue incómodo. Cuando le dije al *site manager* que renunciaría me preguntó si tú ibas a correr con todos los gastos. En ningún momento me preguntó el porqué de mi decisión.

—¿Y a él que le importa? Si fuera al revés, si una mujer renunciara, a nadie se le haría raro.

—Luego siguió hablando de que en la vida hay que sacrificarse para crecer profesionalmente y ya, la plática se enfocó en su experiencia profesional.

—Claro, es más fácil hablar de uno que aceptar las decisiones que no entendemos. ¿Pero sí estás seguro de renunciar?

—Sí. Fue difícil.

—¿Por qué? No les debes nada. Primero es tu felicidad y luego la de terceros.

—Fue difícil porque nunca les pude decir la verdad a mis compañeros, a mi equipo. No les pude decir que no me gustó el trabajo, la cultura de la empresa, la dinámica, la confrontación diaria, tener que revisar cámaras de seguridad porque preferimos no creerle al trabajador si nos dice que se accidentó. Es tan fácil disfrazar el *burnout* con una máscara de “obsesión por el cliente” que los trabajadores se ven acorralados a cometer faltas, pero la mayoría se obvian con tal de entregar una caja en un domicilio. ¿Estás de acuerdo en que no vendemos artículos de urgencia extrema? ¿Estás de acuerdo en que el objetivo final es llenarte de cosas que no sabías que necesitabas? ¿Estás de acuerdo en que, como lo fue el henequén, el petróleo, las piedras preciosas en su momento, ahora el metro cuadrado es el nuevo oro del capitalismo?

—Te escucho decidido, pero te pregunto de nuevo, ¿quieres renunciar?

—Sí-no... la verdad no sé. 🗨

21

Punto de partida

Gabriel Espinoza (Mazatlán, 1991). Egresado de la Facultad de Ciencias del Mar de la Universidad Autónoma de Sinaloa. *Animal Laborans* por ocho años hasta que decidió renunciar y en el 2023 cursar el Diplomado en Escritura Creativa del Centro Mexicano de Escritores.

Sur

Carne muerta

J. Mihail Koyoc Kú

Las pupilas dilatándose lo dejaron ciego un momento.

No supo cómo se orientó, pero llegó a la casa.

La puerta se azotó contra la pared y rebotó un poco.

Marcelino entró y miró hacia adentro.

Apretó las manos y comenzó a insultar.

Casi se rasgó las vestiduras mientras daba dos pasos y recorría el lugar completo.

Fuera, el sol volvió a abofetearlo.

Corrió de nuevo, con el pecho como candela.

Quemaba el sudor que abría caminos de lava.

Estuvo a punto de tropezar un par de veces.

No podía parar.

Entonces, llegaron primero como murmullos.

Luego se convirtieron en un coro.

Eran las campanas que cantaban su nombre.

Había que encontrar a Marcelino antes de que llegara a Halachó.

Sus pasos querían comerse el camino.

Sintió que una piedra muy afilada traspasaba su alpargata.

No sintió el corte que comenzó a sangrar.

La sangre casi lo hizo resbalar.

Bajó la vista y vio su pie de lodo, ensangrentado.

Polvo al polvo.

La herida le comenzó a doler como no lo había hecho antes.

Siguió corriendo.

No le importaba su carne muriendo.

Qué es el cuerpo sino un vehículo a la santidad.

No supo cuándo dejó de escuchar las campanas.

Se estaba ahogando en el río que escapaba de su pie.

Llegó al límite de la hacienda.

Como pudo, brincó la albarrada.

Se quitó el peso de todas las piedras que dividían el monte y la hacienda.

Hondo llegó el aire que le acuchillaba las costillas.

Se miró la herida.

Se escupió en dos dedos y la intentó limpiar.

Lo dejó casi al instante.

El calor caía pesado, aunque ya la tarde era naranja.

Marcelino sabía a dónde tenía que ir, sólo tenía que seguir el sol.

Y evitar el camino principal.

Se tocó el machete que tenía en el cinto y entró al monte.

Era bueno brechando.

Daba un golpe de ida con el machete y luego uno de vuelta.

A veces un tercero.

Era el Hijo del Trueno.

No se metían con él las ramas bajas, las plantas venenosas.

Sólo las piedras.

Y luego el sudor.

Parecía que se montaba sobre los arañazos en la piel.

Marcelino intentaba avanzar.

Recordó que unos años antes alguien más hizo lo que él.

No pudo adentrarse tanto en el monte.

De donde él venía, no había que brechar nunca.

Marcelino no sabía si el hombre también había estado herido.

Era yaqui.

Sólo hablaba su lengua.

Su cara era un mar silencioso, aunque su boca se agitara.

Sus ojos reflejaban el final de su mundo.

Intentó escapar después de abofetear al amo.

Apenas pudo entrar unos pocos metros al monte.

Marcelino lo recuerda, alto como un árbol de ramón, doblado como un perro pateado.

Había partes de su cuerpo irreconocibles.

Lo dejaron colgado en donde toda la gente pudiera verlo.

Tenía mordidas en los hombros, en la espalda.

En el vientre y a la altura de los lumbares.

Había varios agujeros y jirones en su carne.

¿De qué animal eran?

Marcelino había escuchado cosas sobre el capataz.

Que ese hombre era un cazador de gente.

Si entraban al monte, el capataz podía encontrarlos.

Brechaba más rápido que nadie.

Sus machetes eran mandíbulas que abrían la carne del bosque tropical.

Además, también decían otras cosas.

Que el amo lo había encontrado en un camino curado.

Que el amo lo vio a lo lejos y comenzó a seguirlo en su caballo.

Que el amo pensó que un hombre tan alto y tan blanco no debía estar ahí.

Que el amo no pudo alcanzar al hombre que iba a pie hasta varios minutos después.

Que el amo, al alcanzar al hombre, no le pudo ver la cara al principio.

Que el amo pensó que lo conocía.
Que se habían visto muchas veces.
Que el amo escuchó atentamente al ts'uul.
Yo sé quién eres y sé también qué quieres.
Yo te puedo ayudar y tú me puedes ayudar.
Y hablaron mucho rato, establecieron los términos de su acuerdo.
Y al día siguiente el ts'uul dejó de serlo.
Comenzó a ser el capataz.
Marcelino golpea la maleza que hay frente a él.
Empuja troncos como un jabalí.
Combate con sus manos las ramas que se rompen fácil.
Siente Marcelino como si, desde adentro, le masticaran las costillas.
Con grandes dientes de sierra.
Como las marcas del yaqui.
Las sombras se van haciendo cada vez más espesas.
Piensa que al capataz no le importa: sabe rastrear su sangre.
Casi no se ve ya, pero Marcelino recuerda a dónde dirigirse.
Se detiene en seco.
Aguanta la respiración.
Sólo mueve los globos oculares.
El resto de su cuerpo es una banda elástica al máximo.
Ahí está de nuevo el ruido.
Crujen los miedos dentro de la cabeza de Marcelino.
Cruelles himnos trepan desde su pie.
Ya no se siente seguro.
Marcelino recuerda más cosas.
Se pregunta si también tienen que ver con el capataz.
Como el chino que desapareció una vez.
Que tampoco era chino, pero eso no lo sabía ni el amo.
Era lo opuesto al yaqui.
El chino hizo algo que no debía, recuerda Marcelino.
Pero no sabe qué fue.
Se lo llevaron a la casa del capataz por eso que había hecho.
Nadie se preguntó por qué a la casa.
Ahí está de nuevo.
El miedo que cruje y se arrastra.
Se arrastra con el aire sobre las hojas y las ramas.
Nadie vio al capataz esa noche.
Ni al chino, aunque él no volvió de esa oscuridad.
Pero quien sí volvió fue el capataz.
Marcelino corre, el pecho es una caldera que hierve.
¡K'aak! Revienta la primera vez.



▲ Luis Escobar

¡K'aak! Escucha Marcelino saliendo de sus pulmones.
Está a punto de saltar una piedra cuando la sangre lo hace resbalar.
Avienta el machete y mete una mano en la que se hace daño.
La piedra le hace un nuevo corte.
Por un momento, Marcelino cierra los ojos.
Siente que el último aliento está por escaparse de él.
Busca el machete con la mirada, pero no lo encuentra.
Esta vez no tiene que mirarse la mano para sentir el dolor.
Es suficiente con la sangre y las piedras y la tierra dentro de la herida.
Vuelve a pensar en el chino.
En que el capataz brillaba después de volver a aparecer.
Se pone de pie de nuevo y camina mientras se limpia el pecho.

El estómago.
 O cree que se limpia.
 Pronto se da cuenta de que sólo se está llenando de su propia sangre.
 Avanza de nuevo, con el dolor sobre él.
 Encuentra el machete y pronto lo tiene de nuevo en sus manos.
 Escucha de nuevo el crujir del miedo, ahora más cerca.
 No sabe si alguna vez lo verá.
 Si podrá llegar a Halachó antes de que eso pase.
 De que se encuentren frente a frente.
 De que sus ojos choquen.
 Piensa en la torre del reloj que ha visto en el pueblo.
 No sabe de qué color es.
 La última vez que la vio marcaba una hora que no era.
 Pero esto tampoco lo recuerda o lo sabe.
 Avanza unos metros más y se encuentra con una hondonada.
 Tiene que decidir si debe rodearla.
 Pero hace lo contrario.
 Antes de darse cuenta ya se desliza lentamente hacia abajo.
 Bajabajabajabajabajabajajaja.
 Teme hacerse daño de nuevo.
 Avienta el machete varios metros hacia abajo/adelante.
 Lo recoge y repite el ejercicio.
 Cuando llega al fondo se da cuenta de que debió rodear.
 De que es un blanco fácil ahí donde está.
 Mira hacia arriba por un momento.
 La oscuridad ya no ronronea: ahora da alaridos.
 El monte se mece y cruje otra vez.
 Marcelino huele la piel del ts'uul.
 Está cerca.
 Comienza a subir de nuevo.
 No le importa lastimarse con las piedras.
 El filo se le clava en una mano.
 En la otra.
 Apoya la alpargata en una piedra y se impulsa tan fuerte como puede.
 Pero la piedra se desmorona.
 Cae la tierra hacia abajo.
 Caecaecaecaecae.
 Marcelino está de nuevo en el fondo.
 El recuerdo de Halachó está tan lejano como la salida de esa hondonada.
 No quiere aceptarlo, pero casi lo sabe.
 Casi se puede ver a él mismo siendo carcomido.
 Su cuerpo desapareciendo.

Y es entonces cuando se levanta de nuevo.
 Avanza hacia la salida.
 Siente que los oídos están por estallarle.
 Aprieta los dientes que rechinan.
 La mandíbula le duele.
 Por un momento se olvida de la sangre del pie y de la mano.
 Avanza poco a poco.
 Cala las piedras, como había hecho antes.
 Sin darse cuenta, llega a la salida de la hondonada.
 Mira hacia abajo mientras recupera el aliento.
 Piensa que no está tan empinada como parece desde abajo.
 Está tan concentrado que no se da cuenta del crujir.
 Del miedo que se desliza a pie dentro del monte.
 Ese lugar en el que no entran caballos.
 En el que el camino se hace a machetazos.
 O a mordidas.
 Marcelino se limpia el sudor como puede.
 Piensa en Halachó.
 En la bofetada que le pegó al amo cuando le negó salir.
 Levanta la cabeza, dispuesto a seguir.
 Está a punto de darse la vuelta para seguir corriendo cuando le ve.
 El ts'uul está ahí.
 No es el capataz.
 Es el ts'uul.
 Marcelino deja de saber todo lo que sabía.
 Sabe que, en la oscuridad, serán él o el ts'uul.
 Lo único que los separa es la hondonada.
 Cruje Marcelino.
 Crujen los dientes del ts'uul.
 Se deslizan sobre las hojas, sobre las ramas.
 Se deslizan.
 Ambos se deslizan y se desvanecen entre las sombras. ①

J. Mihail Koyoc Kú (Halachó, 1992). Autor de *El olor de la hoja santa* (2025). Escribe narrativa de ficción y de no ficción, y ha obtenido diferentes premios estatales, regionales y nacionales. Ha impartido talleres de narrativa en espacios como la FILEY y el Centro Cultural Lorca, ambos en Yucatán. Hizo *Testigos Podcast*.

Trashumante

Camila Almendra

Un puñado de hombres
han diseñado un panteón
de un mundo donde no caben los nuestros.
De gran vientre secando la tierra
van a su paso derramando
cadmio, vanadio y cromo.

Mas el corazón del continente guarda
las flores del desierto.
Los ombligos del mundo albergan a todas las especies.
A cada caminar barroso
emergen lentejas más valiosas que una Coca-Cola
amputando brazos de manantiales.

Las ciudades se tiñen de rojo,
y las defensoras dónde están.
Hay quienes encuentran hogar imaginando estrellas
en los Centros de Confinamiento.

En la penumbra,
caí en fosas por tibias mañanas
donde me enredé con quienes me vieron expuesta
y hui de quienes dijeron amarme a primera vista.

El cuarto propio
es una pieza y baño para seis extraños.
Mi pluma se descama
como la piel de mis pecesitos.

Mudo estas alas
como si alcanzara el Canto General,
queriendo sostener El Arco y la Lira,
pero me reflejo en una sota
sin vocación de pequeño Dios.

Cuando el trueno se alza en el cielo,
vuelvo al sur por un momento.
La lluvia es canción de cuna.
Ninguna metrópoli me meció como el viento.

Encuentro el invierno con el cerrojo abierto,
a la hibernación una cama caliente.
La impermanencia sigue siendo bandera
del país de la ausencia.

Mi faro es el recuerdo
de mi abuela con sus manos de primavera.
La oración es un susurro
se desvanece en el cosmos.

De mi boca emergen aprendizajes
para saludar en lenguas habladas,
y me inclino como la partícula
con el poder del tiempo.

Que la única extracción
sea un abrazo esquivo tuyo,
y observar el planeta
saltando entre copas
como monos guardianes de árboles milenarios.

Los continentes
siguen pariendo nuevas eras.
Surqué mares
como las anónimas de antiguos siglos.

La única frontera queda
cuando soy consciente
que estoy soñando dentro del sueño.

Camila Almendra (Osorno, 1991). Educadora, poeta y performer. Ha publicado en *Revista Ceres*, y es parte de las antologías *Silvestres y eléctricas, poetas latinoamericanas* (2016), *Maraña: panorama de la poesía chilena joven* (2019) y *Estuaria, visión de 9 afluentes* (2022). Es autora de *El viaje de la heroína* (2016), *Provinciana en colores* (2022) y *Pistila del gen lumínico* (2024).

Raffaella Carrà y Heráclito, dos amantes del cambio

Ricardo Hernández

(Pág. 48)

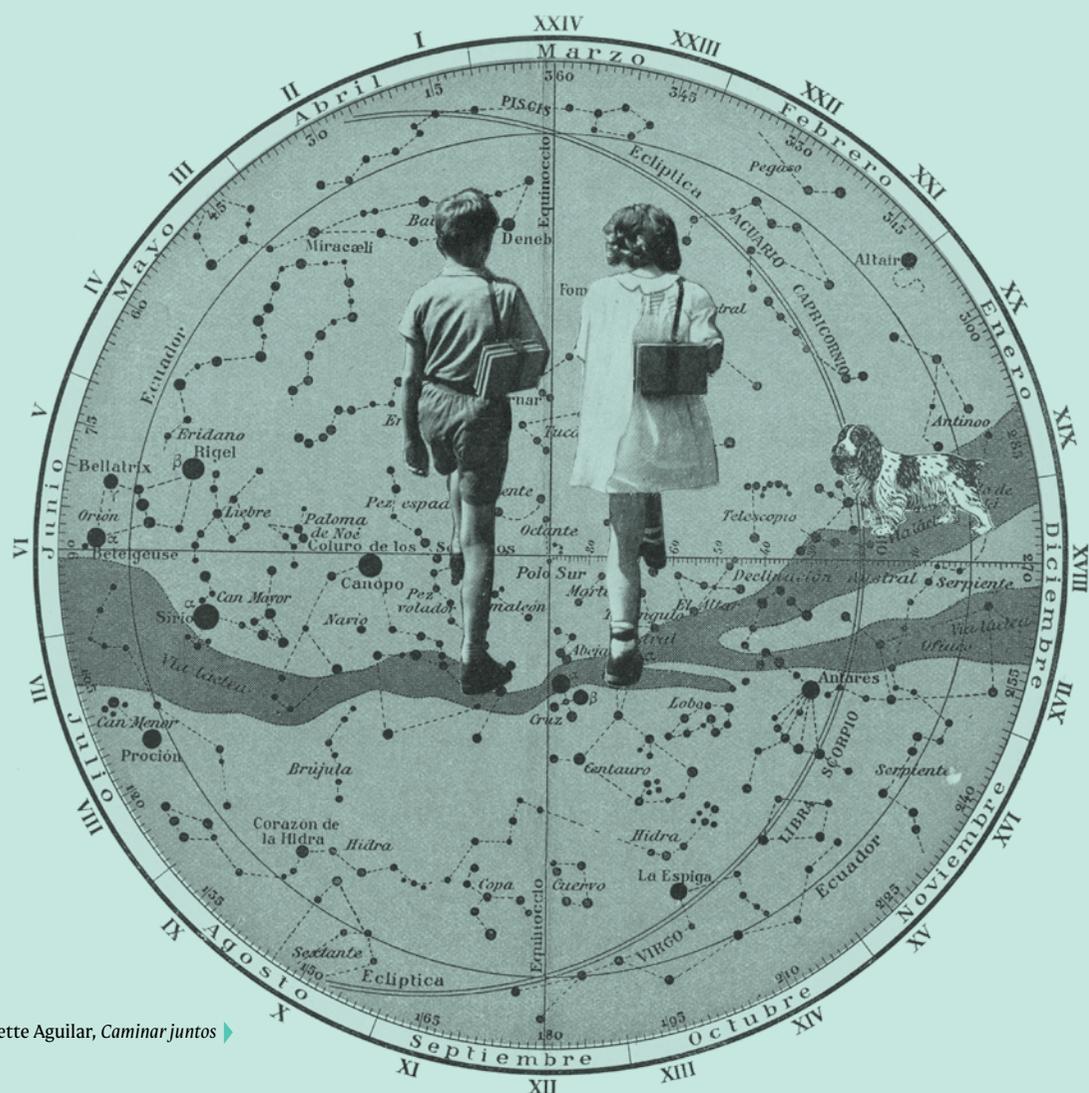


Fig. 59. — Hemisferio sur celeste

Daniela Ivette Aguilar, *Caminar juntos* ▶

Hay datos que, sin importar cuán repetidos sean y demostrados estén, siempre logran sorprender. Ya sea por su naturaleza contraintuitiva, su apariencia esotérica o su origen inesperado, simplemente deslumbran, desconciertan o mueven algo interno. Un ejemplo es el hecho de que, mientras en el hemisferio norte, la primavera está enloqueciendo a los animales y hace brotar a las flores de sus capullos, en el sur, los ánimos desenfrenados se sumergen en la calma otoñal y el deseo por quedarse en cama tiene otros motivos. Sin imaginárselo, la gente que odia el calor sólo necesitaría cruzar el ecuador para volver a encontrar lo bueno de la vida, y viceversa.

Si alguien era consciente de esta maravilla —en el sentido medieval de la palabra—, esa persona era Raffaella Carrà. Sólo hay que recordar su célebre frase “Para hacer bien el amor hay que venir al sur”. Una italiana que conoció el “largo pétalo de mar” fue, es y será la persona ideal para hablar de cambios de hemisferios y del gozo. No es, entonces, ninguna sorpresa que sus canciones más famosas en español sean aquellas que tratan del amor, el deleite y la pasión.

Sin embargo, hay algo sobre esta gran sabiduría austral que no se ha dicho. La fascinante Carrà no habría podido conseguirla sin haber conocido antes el frío septentrional, el desamor y la frustración. De hecho, ella misma lo confiesa en los primeros versos de “Hay que venir al sur”:

He viajado por la Tierra
y me he dado cuenta de que
donde no hay odio ni guerra
el amor se convierte en rey.
Tuve muchas experiencias
y he llegado a la conclusión
que, perdida la inocencia,
en el sur se pasa mejor.

¿Cómo llegó a esa conclusión? Sólo con la experiencia y, más que la mera experiencia, la contemplación del mundo. Aquella mujer que se deleita con el reinado del amor tuvo que haber padecido también la tiranía del odio y la guerra. Para poder recibir gustosamente todo lo que el sur ofrece, tuvo que trabajar con lo que el norte le proveía. En otras palabras, para haber logrado tal conocimiento, tuvo que haber vivido primero sus contrarios.

En este sentido, Raffaella Carrà se ha convertido en una representante del pensamiento de Heráclito de Éfeso. El filósofo —cuya vida estuvo, sin duda, llena de tristezas— hizo de la lucha de contrarios el fundamento

de su visión de lo real. Pero, al igual que Raffaella, tuvo que tomar un paso antes de afirmar esto.

Heráclito pensaba que el fundamento de todo lo existente era el *lóγος* (logos), con su triple significación: la palabra o discurso, la razón humana y el principio racional que rige y estabiliza a la naturaleza. El filósofo consideraba, a partir de su contemplación desinteresada del mundo, que la realidad estaba regida por fuerzas en constante guerra —a la que llamaba “la madre de todo”—, pues la supremacía total y eterna de una de éstas lleva a la desmesura y a la destrucción. Mientras que, con dicho *lóγος*, la naturaleza permanece aun con el constante cambio.

Una interesante coincidencia entre la cantautora italiana y el efesio es la presencia de la fogosidad en su discurso. Mientras que Carrà encuentra en la pasión y el amor la única cura para la desunión humana, lo que lleva a canciones tan disfrutables y seductoras que “explotan el corazón”, Heráclito utiliza el fuego para marcar este movimiento oscilatorio entre lo grandioso y lo minúsculo como muestra de medida y mantenimiento propio.

Asimismo, ambos se apropian de su locura. En su momento, las teorías de Heráclito sobre lo mojado y lo seco fueron rechazadas por los médicos, que las consideraban disparatadas. Por su parte, Raffaella nos dice que:

32

Todos dicen que el amor
es amigo de la locura,
pero a mí, que ya estoy loca,
es lo único que me cura.

Con todas estas ideas, no queda más que afirmar que el cambio siempre deviene en algo provechoso. Ya sea el desamor, el hambre o la enfermedad, todos estos eventos —considerados generalmente como desgracias— son necesarios para poder conocer realmente qué significa amar, estar satisfecho o tener salud. Por una buena razón el frío se define como la “ausencia de calor” y la oscuridad como la “falta de luz”. Y si así, como a Carrà, la llegada del norte al sur le hizo descubrir dónde “se hace bien el amor”, también a aquella persona que se sienta insatisfecha, incómoda o estancada le puede resultar productivo cambiar de lugar, tanto físico como mental. O es que acaso, ¿no fue hasta que Darwin fue al sur que pudo establecer su teoría de la selección natural?

Ahora que se ha hablado de ausencias, cabe enfatizar —y éste es el tipo de cosas que nunca terminan siendo enfatizadas lo suficiente— en el cuidado que se ha de tener a la hora de definir algo según presencias y ausencias. La persona, aquella individualidad que se ve reflejada en el espejo de otra, nunca podrá entenderse únicamente bajo estos términos, ya que, si bien la realización de su propia subjetividad se da en el reflejo

Sur

con otra, no habrá nada que reflejar si, en su soledad, sólo existe un vacío abismal. De hecho, aquí se manifiesta nuevamente una identidad de contrarios que se ha objetivado en la persona. Así, aún cuando esa individualidad errante haya llegado al sur y, en él, haya encontrado las reliquias del amor, no podrá tenerlas (*tenere*) por la carencia propia, no tendrá qué ofrecerle al amor mismo y éste, como el codicioso muchacho que es, escapará decepcionado. Por esta razón, Dulce cantó alguna vez:

El amor no sólo está en el hombre y la mujer,
hay mil cosas bellas que también puedes querer:
un jardín de rosas o el brillar de las estrellas es amor.

Sin proponérselo, estas dos cantantes nos han devuelto a la cuna de la filosofía clásica, mientras resuena en sus palabras el eco de la voz de Heráclito, quien nos habla a través de los versos de Dulce y Raffaella. La contemplación de la naturaleza se explica cuando, en “Ama”, Dulce invita a amar lo que sea:

Ama lo que sea, una piedra o una flor.
Ama de los bosques y los valles su verdor.
Ama solamente la palabra del amor.
Pero ama.

Debemos estar atentos, abrir nuestro logos al logos de la naturaleza y del amor, los cuales se reflejan en nosotros, así como nosotros en ellos. Ellos nos ofrecen la sabiduría y el deleite, las leyes y la unidad con la totalidad, pero muy pocas veces nos hemos preguntado qué es lo que tenemos para ofrecerles a cambio de estos tesoros. Es por esta avaricia que la naturaleza ya no nos ofrece lo mismo y que la misma tierra parece haber quedado erosionada en cuanto a amor se refiere. Hemos explotado a la naturaleza, hemos matado a Dios y, aún insatisfechos, hemos yermado al amor. Será un verdadero milagro si volvemos al sur y, contemplándolo, nos sigue ofreciendo lo que alguna vez le ofreció a Carrà. 

Ricardo Hernández (Ciudad de México, 2005). Estudiante del cuarto semestre de la Licenciatura en Lengua y Literaturas Hispánicas de la FFyL, UNAM. Publicó por primera vez en la revista digital *Irradiación*.

33

Punto de partida

Xolotl

Atzin Nieto

*El hombre era un especialista en encontrar personas que,
por un motivo u otro, no deseaban ser encontradas.*

Era bueno en eso.

Marçal Aquino

Un concierto barroco, conformado por varias personas discutiendo en la terminal de autobuses, motores de carros y perros ladrando, lo hizo volver a la realidad: debía matar a un hombre. Un encargo personal del patrón. Una cabeza cuyo valor representaba cinco ceros más de lo acostumbrado. Ni siquiera por aquel chupacabras le habían ofrecido tanto.

A veces, viajaba por horas que se convertían en días hasta llegar a su destino y cumplir con el trabajo. Ese estilo de vida lo hizo recorrer varios estados de la República y visitar un par de países del Caribe. Se había forjado una fama que lo distinguía del resto; era temido y respetado por los métodos que empleaba, no tanto por sus resultados.

Al traspasar la puerta de cristal, una ola de calor bochornoso lo recibe como a cualquier extranjero que pisa por primera vez esa tierra. Aunque son las nueve y media, el sol relumbra con notoriedad, proclamando su dominio incipiente, sobre el cielo azulado y las calles multicolores de Oaxaca. Los rayos de luz hacen brillar la enorme cruz del rosario que cuelga de su cuello rojizo.

Las arterias urbanas relucen adornadas con variados patrones de papel picado en tonos vibrantes, suspendidos cual guirnaldas de una pared a otra. De entre las casas con tonos pastel sobresalen las fachadas con murales alegóricos. Algunas catrinas, hechas de cartón, periódico y engrudo, pintadas de blanco y negro, adornadas con vestidos o trajes típicos de la región del sur, destacan por su monumental tamaño al dar la apariencia de surgir de algunos baches, como si intentaran escapar del Mictlán. En la entrada de los hogares persiste el rastro de un camino amarillo formado por pétalos de cempasúchil que terminan en la acera. A ratos, un aroma alucinante a copal danza en el aire, mientras el sonido de unos perros intercambiando ladridos es lo único que se percibe.

Antes de arribar al sitio donde ya lo estarían esperando, el forastero de sombrero negro, botas de cocodrilo y cinto piteado encuentra una

ofrenda con varios niveles repletos de diversos platillos: mole negro con arroz y tortillas hechas a mano, tamales de pollo, de iguana, de cabeza de puerco; caldo de res, panes, chocolates y arroz con leche; hay, también, algunas fotos en tono sepia y una infinidad de cirios. En su natal Mazatlán la costumbre de recordar a los muertos dista mucho de lo que ahora ve. Por un momento, un recuerdo de la infancia, de los pocos que aún le quedaban, le atravesó la memoria y lo arrastró hasta ese pasado en donde los niños son felices. Al recorrer ese valle de emociones y pensamientos imperfectos, un intento de sonrisa se dibujó en su cara.

Su instinto lo hace tomar una callejuela empedrada y ancha que desemboca directo en el lugar de la cita. Frente a la catedral que se alza majestuosa, un par de campesinos sin barba, pero con el rostro cincelado por el sol y los rasgos labrados por la tierra de las milpas, esperan a la sombra de una palmera. El forastero los reconoce con la mirada; ellos por la cicatriz. Él hace un gesto a manera de saludo, toca la punta de su sombrero, ellos son quienes hablan primero.

—*Cha keta ra xini saa*¹ —susurra el hombre más joven, quien porta una camisa gris, a la que le faltan los últimos botones del cuello, y un pantalón beige limpio aunque lleva el dobladillo roto y con marcas de desgaste en las piernas y rodillas.

El forastero los mira sin mirar. Después, baja su mochila negra, saca un paliacate rojo del bolsillo trasero de su Levi's y limpia las perlas de sudor de su frente. Busca un cigarro en la cajetilla. Lo enciende. Aspira y resopla un humo blanco por la nariz, similar al aliento de un caballo agotado después de cruzar la meta.

—*Nakumichum*² —menciona el más viejo, mientras se acerca renegando y le tiende una mano llena de callos e historias de campo.

El forastero disimula su incomodidad y extiende su mano derecha adornada con anillos, esclavas de oro y tatuajes de símbolos y cruces.

—Lo estábamos esperando desde hace rato, patrón. Éste es mi compadre Gibrán. Yo soy Jerónimo. —El viejo habla y mira como si estuviera ante un santo al que le reza con devoción esperando un milagro.

—Mucho gusto, tigre —responde el forastero, cortando la última sílaba de la última palabra, antes de tirar el cigarro a medio consumir—. ¿Nos vamos o qué, plebes? Hay que aprovechar el tiempo.

—*Mara chani ñivi*³ —menciona el más joven con arrogancia—, *yuuí vaa ndei chi ru ña taun kuña ru.*⁴

¹ ¡Ya llegó el loco!

² Buen día.

³ ¿Éste es el que mata?

⁴ Yo lo veo inofensivo.

—*Vande' eyo yoso va Sava' a ra tiñu*⁵ —le contesta el viejo.

—Acá mi compadre Jerónimo juraba que ya le había entrado miedo y no iba a querer venir —apunta el joven campesino.

—¿Miedo?, ja, ja, ja. No, pariente. Miedo sólo a los vivos, porque los muertos tienen la mala costumbre de no querer regresar luego de que se van.

—Yo nomás le aviso, patrón, que esa cosa no está viva —responde Jerónimo—, al menos no en este mundo que usted y yo conocemos.

—Usted no se agüite, tigre, que para eso me contrataron. Aquí traigo todo lo necesario para cualquier hijo de su shingada madre. Desde estacas hechas con la madera de la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo, hasta unas balas de plata bendecidas por si se ocupan.

—Oiga, pero, ¿qué esas no son para los hombres lobo? —acotó Gibrán.

—Nahual, ayuwoki, marido infiel, alushe... No importa el nombre, nomás cambia el número de ceros en el cheque y la manera en que van a visitar a San Pedro. No hay que ondearse, plebes. Acá los huevos no son de adorno, eh.

—Dígame algo, patrón, por mera curiosidad, ¿a cuántos nahuales ha matado usted? —interrumpe Jerónimo.

—Pos ora, esto ya se convirtió en un examen o qué. A ver, a ver, plebes. Escúchenme los dos y que les quede bien clarito, éste no será el primero ni tampoco el último nahual que me shingo. Y si tanto desconfían, acá la dejamos y ustedes solitos se regresan por donde vinieron y a ver cómo lo resuelven. ¿Estamos?

—No, no se encoragine. Usted es el que sabe, vea. No queríamos molestarlo con tanta pregunta.

—Fierro, viejón, ámonos por la costera. Yo los sigo.

—*Compaa yoso ñivi ñavaá nakoton.*⁶

—*Ni in nakote. Chi ma ra Vicente.*⁷

II

Un rojo escarlata tiñe el cielo. Falta media hora para que el ojo celeste se oculte, pero el calor aún aprieta por aquellas latitudes. Las esporádicas ráfagas de viento levantan una cortina de polvo seco que se adhiere a la piel, arde en la cara y pica en la garganta. Sólo se escuchan los pasos de los hombres andando sobre el terreno irregular.

⁵ Vamos a ver cómo resuelve esta cuestión.

⁶ Compadre, ¿cuántos malos conoces?

⁷ No muchos, sólo a Vicente.

Su destino es la cima de la montaña. De manera implícita, se ha generado un pacto de silencio que nadie del grupo se atreve a romper. Un perro sin pelo, negro, dueño de una piel brillante y tersa, con un mohicano blanco y un hocico puntiagudo les sale al paso; tiene toda la intención de jugar con ellos. El más viejo de los hombres levanta los brazos, abre las manos y grita algo ininteligible para intentar ahuyentarlo; sin embargo, el animal le responde con varios ladridos a la par que retrocede, temeroso, unos pasos. Los sigue de lejos, apenas unos cuantos metros, luego detiene su marcha mientras los observa alejarse como almas en pena rumbo al purgatorio.

Antes de dejar al extranjero a solas con sus pensamientos, Jerónimo le menciona algo sobre el día de muertos, portales y un machete. Después susurra unas palabras que se pierden por el silbido del viento: *Na koo ndatun*⁸. Demetrio no puede evitar soltar una carcajada. *Fierro*, les dice a manera de despedida.

Entra y cierra la puerta de metal de su habitación.

Dentro de aquel cuarto de paredes de adobe y techo de paja, Demetrio encuentra una mesa de madera que parece haber estado ahí desde antes de que él llegara a este mundo. Encima hay un plato con sal, una jarra de barro, un vaso de cristal, un rosario de madera, un machete con más óxido que filo y una biblia abierta en la parte de los salmos: “Y él te librá del lazo del cazador: de la peste destructora”. Demetrio reconoce esa frase; alguna vez, hace años, escuchó hablar a su madrina de exorcismos y seres que vibran a un nivel muy bajo. Luego se sirve un poco de agua, pero antes de beberse el contenido nota que hay un gargajo flotando; avienta el vaso de manera furiosa. Sus fosas nasales perciben un olor a putrefacción que lo pone en alerta. El ambiente

se torna pesado. Insoportable. Asfixiante. Demetrio busca las dos Colt doradas, sus queridas Lucía y Fernanda. Comprueba que las ocho balas sigan existiendo en el mismo lugar donde las había colocado horas antes y las guarda en la funda que cuelga de sus hombros. Toma su cajetilla y saca de adentro un frasco con un polvo blanco, lo inhala.

Golpes en la puerta. Gritos. Voces que hablan en otro idioma. Plegarias entrecortadas. Huesos que se quiebran. Lamentos.

Demetrio intenta abrir, pero la cerradura está atascada. Ni siquiera cede cada vez que estrella su cuerpo con la intención de destrabarla.

Disturbios. Ropa desgarrándose. Ladridos insistentes. Palabras inventadas, torpes.

Entre los ruidos del exterior y el impacto de su hombro chocando sobre el metal, Demetrio distingue una voz que lo llama, que lo incita a traspasar aquel umbral. Sin embargo, algo o alguien al otro lado le impide salir.

Un par de disparos. Pasos alejándose. Sonidos de aleteos. Ladridos. Silencio.

Después de una serie de intentos fallidos, Demetrio por fin consigue desbloquear la entrada. Lo primero que ve cuando sus ojos se acostumbran a esa noche con dientes son los restos de varias personas: entre ellos distingue a Gibrán y a Jerónimo, cubiertos por algunas plumas. Lo poco que queda de ambos cuerpos desmembrados muestra señales de tortura y violencia. Al primero le arrancaron las extremidades y le desfiguraron el rostro. Lo que antes era una boca ahora es una cavidad deforme sin muelas ni lengua. Al segundo le sacaron los ojos y luce un corte a la altura del pecho por donde le han extraído el corazón.

Por segunda vez escucha pronunciar su nombre. Es una voz metálica. Demetrio no logra descifrar de dónde proviene. Sus manos se aferran al

⁸ Que tengas mucha suerte.

cuerpo frío de la Remington. Nota que el olor sulfurante se ha ido y los sonidos de la noche han vuelto. Sus ojos chocan con los del xoloescuinle del mohicano blanco, quien lo reconoce. Ladra.

III

El silencio de Dios se posa sobre sus cabezas. El primer disparo hace temblar la tierra con su furia. Segundos después, los perdigones de la escopeta brotan como lágrimas de sangre. Por tercera ocasión, vuelve a escuchar su nombre. La confusión nació en medio de aquel abismo y se apodera de todo a su alrededor. Las pupilas de Demetrio no consiguen acostumbrarse del todo a esa oscuridad que lo devora. Hace un intento de antorcha rudimentaria con algunos retazos de tela y papel



Luis Escobar ▶

antes de continuar el viaje dentro de la caverna. Apenas el fuego alumbra su sombra sobre las paredes, algo se acerca con disimulo; es el xoloescuinle de mohicano blanco, ha vuelto de su exploración por la caverna. Demetrio se coloca en cuclillas y acaricia al perro, quien demuestra su alegría intercambiando lamidas en su rostro. Ambos deciden avanzar

hacia lo desconocido. El animal ahora funge como su Virgilio en ese nuevo mundo que se alza frente a ellos. Su mano izquierda sube por inercia hasta la cruz del rosario hecho de oro florentino que cuelga de su cuello, mientras la mano derecha se aferra a la Remington 870. Tenerla consigo le genera más confianza y seguridad que el viejo machete, con palabras antiguas grabadas en la hoja corroída, atado a un costado de su mochila.

Los sentidos, tanto del hombre como del perro, están alerta ante cualquier movimiento o sonido extraño. Sólo existe un camino predominante en aquel lugar, una vereda que bordea un lago, el cual parece tener principio, pero no fin. El perro decide iniciar la búsqueda; corre de tal forma que parece reconocer el destino. A pesar de la oscuridad, Demetrio identifica qué tan lejos está su compañero de él. Camina. Desciende. Tropezaba, pero no cae. Llega hasta la orilla.

Esperan.

Demetrio nota que el perro ha dejado de moverse; sin embargo, sus orejas negras fungen como radar intentando descifrar el origen de un sonido imperceptible para él. La frágil paz es quebrada por los ladridos del can. Necesitan cruzar y la única manera es nadando. El hombre asegura las armas al lomo del cerbero con la finalidad de que lleguen lo más secas posible.

Navegan.

El olor fétido los recibe del otro lado. El ambiente se vuelve denso. Confuso. Frío. Sin embargo, Demetrio ha dejado de sentir desde que salió del agua. Se siente conectado a algo, a un vacío eterno. Animal y humano continúan andando por entre las rocas hasta llegar a un terreno arenoso donde encuentran varias entradas. El rastro se torna insoponible; deciden continuar por la opción más ancha. Pronto, la luz de la antorcha da señales de querer extinguirse de un momento a otro. Las huellas del perro hacen que la arena brille con un tono azul fosforescente.

Organizan.

Demetrio se siente observado. Desnudo. Vulnerable. Su piel se enchina. Algo o alguien está demasiado cerca. Lo presiente. El perro deja de ladrar, ahora chilla y luce arisco. Esconde la cola entre las patas. Demetrio lo llama con un silbido, pero el animal ni siquiera lo ve y tampoco se mueve. El hombre levanta el arma intentando descubrir el origen de aquella pestilencia. Antes de alcanzar a quitar el seguro y tener en la mira algo a qué apuntar, una fuerza invisible lo golpea con violencia arrojándolo contra una de las paredes de la caverna. El madrazo lo deja aturdido. Le toma algo de tiempo recuperarse. Su corazón retumba mientras la adrenalina lo invade. Un cosquilleo en la palma de la mano le hace buscar su escopeta. No la encuentra, tampoco al perro.

Maldice.

A pesar del brillo de la arena, le cuesta reconocer su entorno. A su alrededor hay varias plumas, rocas negras, huesos y cráneos humanos. Su mano encuentra algo similar a la serenidad cuando toma la culata de una de las Colt. Había llevado a bendecir las balas de plata antes de tomar el camión. Confía en que al menos uno de los disparos de su amada Lucifer consiga hacer el suficiente daño.

Aspira.

Afila la mirada mientras apunta. Alguien pronuncia su nombre. La voz no parece provenir del reino de los vivos, su tono trasciende la esfera de lo terrenal. El sudor le escurre por la frente formando caminos que encauzan hasta sus párpados. Le arden los ojos. *Demetrio*, vuelven a llamarlo desde las alturas. El filo de unas garras invisibles le rasga la piel del antebrazo izquierdo.

Grita.

La sangre gotea por su mano hasta formar un charco oscuro y aceitoso en la arena. No siente molestia. La herida late como si tuviera vida propia. Sus dedos se han entumecido. Sabe que ahora sólo tendrá una oportunidad para utilizar a Lucía. Alguien salta; Demetrio reacciona antes, se tira al piso y desde ahí dispara.

Exhala.

Una ráfaga de aire surge, un aleteo se escucha y, por último, la figura de un hombre semi desnudo, tez morena y cabello negro azabache aparece frente a Demetrio. Las balas han impactado sobre su cuerpo, pero no han encontrado refugio alguno en esa carne.

—Hola, Demetrio.

—Qué onda, viejo. ¿Quieres confesarte y decirme tus últimas palabras?

—Ja, ja, ja. *Ña ka' un cha ñava' a. Ña chitoun yoo kuu moi.*⁹ Quién diría que, después de todo, aún no pierdes el sentido del humor.

—En estos casos nunca hay que ondearse. Yo nomás vengo a cumplir un encargo. Tú sabes. Nada personal. Órdenes del patrón.

—*Ta yoso saxiniun cha va tiun chi,*¹⁰ ¿con esas pistolitas de vaquero?, dice antes de escupir unas hojas de tabaco.

—Tengo algo mejor. Una herencia familiar. Por qué no vienes y lo descubres. Jálate, pariente. O qué, ¿ya te dio miedo?

Los ojos de Vicente brillan antes de lanzarse con furia sobre Demetrio, cuyo rostro es una máscara de determinación y confianza. Lo recibe con un machetazo certero que se hunde en el muslo izquierdo de Vicente,

como si éste fuera de plastilina. Un lamento mezclado con maldiciones se escapa de los labios de Vicente; cae de rodillas sobre la arena tratando de ocultar una expresión de incertidumbre. No da crédito a lo que está pasando. Un viejo machete ha conseguido herirlo. Demetrio aprovecha la pequeña ventaja; eleva su brazo y, con un movimiento firme, le asesta un segundo golpe que se incrusta en el antebrazo derecho de Vicente, quien ha protegido su cabeza sacrificando su extremidad en ese choque iracundo. La hoja del machete resplandece con un destello siniestro. La sangre caliente y espesa escurre lento a través de las palabras cinceladas en el metal. Vicente se lleva las manos a la herida y observa por primera vez el color de su estirpe. Siente cómo ese líquido vital abandona su cuerpo segundo a segundo. A pesar del dolor que lo consume, utiliza sus últimas fuerzas y embiste a su oponente; ambos caen al lago trezados en un abrazo.

La lucha sigue debajo del agua, los cuerpos entrelazados danzan sin ritmo una última pieza. Vicente logra aplicarle una llave estranguladora, sus piernas son dos garfios con diez garras que intentan robar el último aliento de Demetrio. En un acto de astucia y sobrevivencia, Demetrio desprende su rosario, presiona un botón que activa un mecanismo, empuña la cruz a la que le han salido tres puntas y, con un movimiento rápido, lo clava en uno de los muslos de Vicente, logrando zafarse.

El agua se tiñe de rojo, víctima de la violencia que se ha desatado. Vicente intenta emerger con el fin de tomar un poco de aire antes de pensar en continuar la batalla. Sin embargo, Demetrio adivina sus intenciones y consigue detenerlo; toma uno de sus pies con la mano izquierda jalándolo hacia él; con la derecha, empuña la estaca en forma de cruz que clava en la carne de su adversario. En esta ocasión la punta se aloja en el pecho de Vicente, sellando su destino no sin antes haberle clavado una de sus garras en el estómago a Demetrio.

Una corriente muda fluye, resplandece, arde. Sólo se escuchan los ladridos del perro.

Un cuerpo emerge en la superficie. ①

Atzin Nieto (Ciudad de México, 1991). Escritor y pasante de Lengua y Literaturas Hispánicas en la UNAM. Ha publicado en *Tierra Adentro*, *Letras Libres*, *Nexos*, *Playboy*, *Punto de partida*, *Blanco Móvil*, *Islíada* (Cuba), *Solo Novela Negra* (España) y *Latin Noir* (Italia). *Asesinato en la Habana y otras historias criminales* (2023) es su primer libro.

⁹ No hables tonterías. Tú no sabes quién soy yo.

¹⁰ ¿Y cómo piensas detenerme?

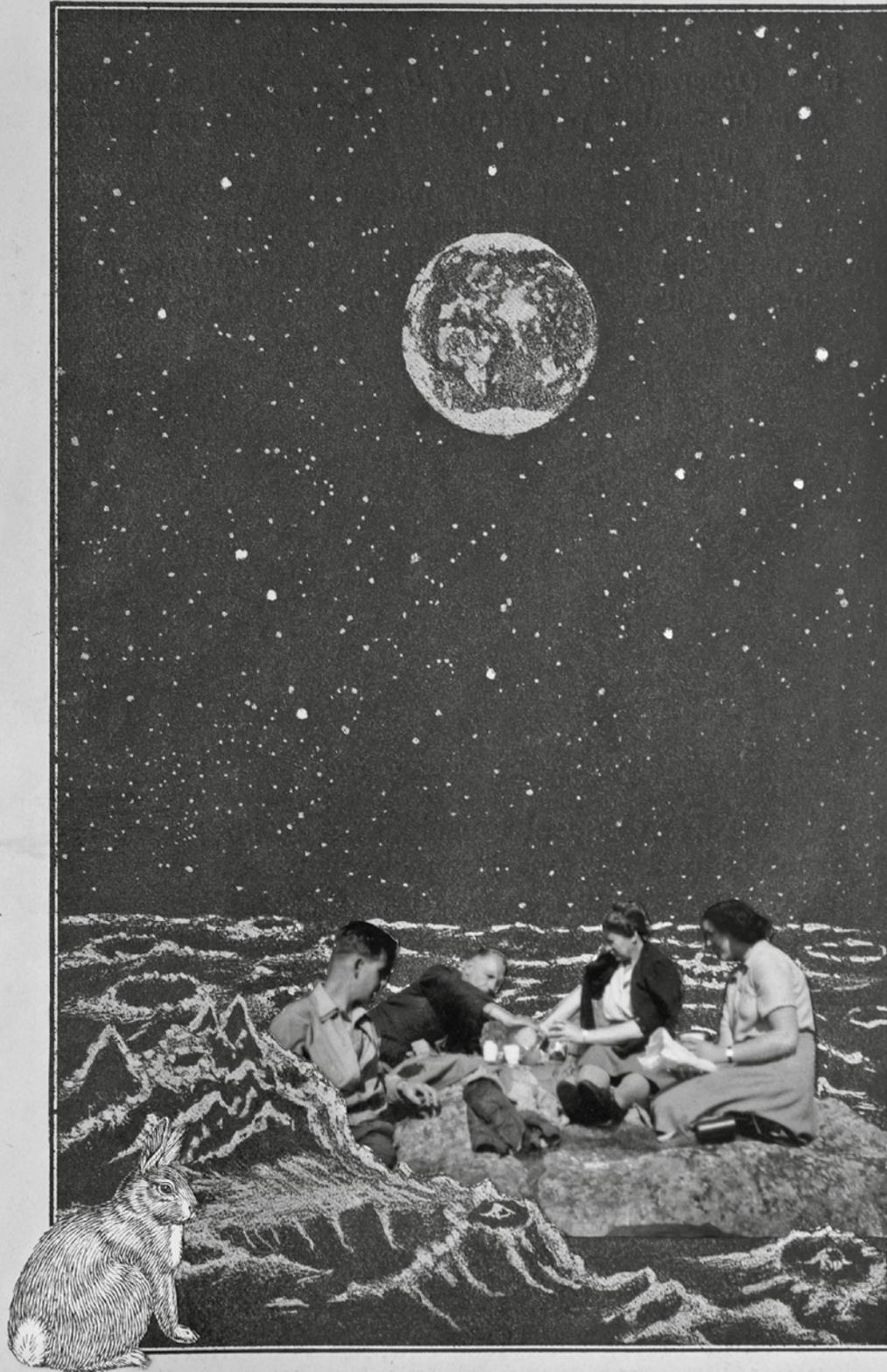


Fig. 78. — La Tierra vista desde la Luna

◀ Daniela Ivette Aguilar, *Página Luna*

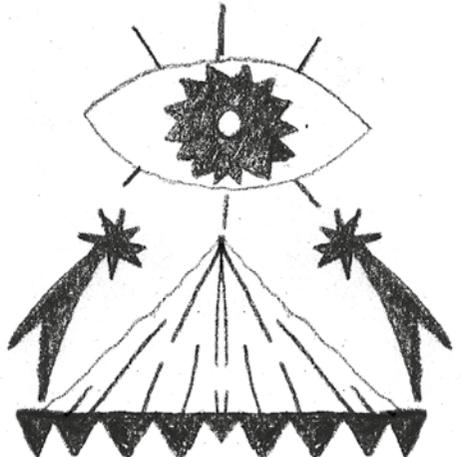
Perder el sur

Greta Ramos

austral tan triste
 que no se cansa de llover
 a veces caen ciertas comas
 dejando rastro de lesión
 borrachas andorgas y vacías
 de promesas
 que pinta la tierra de un azul
 tan oscuro que el trueno
 puede nacer en la cal
 abajo también quema
 también se va rústica
 la sombra que mata
 y la gente usa los labios de eclipse
 los ojos un acuerdo
 sobre mapas girados
 también la aguja imantada
 nos apunta

también tenemos risa que cicla
 un paso de baile
 una planta de tallos venciendo
 gravedad ficus estrangula
 con raíces aéreas
 hay algo que crece hacia el fondo
 y este es el polo que gana batalla
 de nortes próximos
 a veces cuerpo colgado
 de pescabeza
 con tal de verdad
 en algún momento
 estaremos debajo todos
 con la piel hecha hueso
 tan rimero este sur
 que no ha dejado
 de lamerse las heridas

Greta Ramos (Matamoros, 2001). Estudió Letras Hispánicas en la FFyL, UANL. Fue becaria en el Centro de Creación Literaria de la UANL en 2024 y fue seleccionada por la FLM y la UV en el curso de Creación Literaria en Xalapa el mismo año.



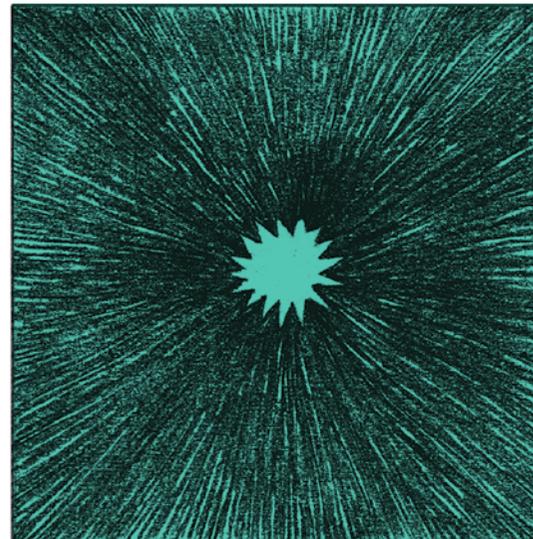
CANCIÓN de TODXS
ROSARIO LUCAS

ESTE CÓMIC ES UNA CANCIÓN HECHA DE FRAGMENTOS DE CANCIONES. ALGUNAS ESCRITAS PARA DENUNCIAR LAS DESAPARICIONES, Y OTRAS QUE SÓLO FUERON HECHAS PARA CANTAR EL AMOR O EL DOLOR. PORQUE PARA QUIEN BUSCA, TODA CANCIÓN, DE AMOR O DE PROTESTA, LE HABLA DE QUIEN ANDA BUSCANDO.

ENTRE LOS FRAGMENTOS SE ENCUENTRAN LAS SIGUIENTES CANCIONES:

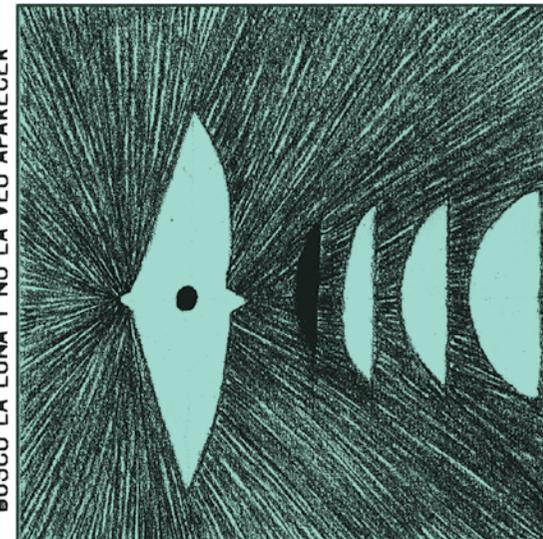
¿DÓNDE ESTARÁS? - RICCI E POVERI
TE JURO QUE TE AMO - LOS TERRÍCOLAS
LA NIÑA DE GUATEMALA - ÓSCAR CHÁVEZ
COMPAÑERO - RO CASARES & COLECTIVO MAMBOTANGO
VERTE REGRESAR - BELAFONTE SENSACIONAL & PAULINA LASA
TANTO FRÍO (A JULIO CASTRO, MAESTRO) - MAURICIO UBAL
DE VUELTA A CASA - AXEL ORDAZ
CANCIÓN CON TODOS - MERCEDES SOSA

¿DÓNDE ESTÁN?



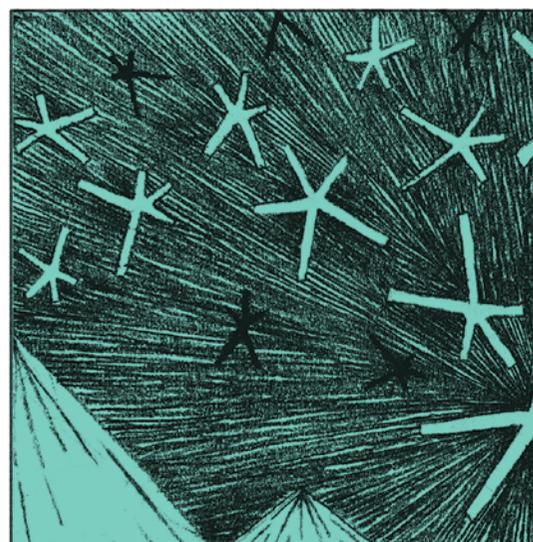
TODXS PREGUNTAN Y NO SÉ

BUSCO LA LUNA Y NO LA VEO APARECER



PORQUE TÚ NO ESTÁS

EN EL VIENTO ESCUCHAREMOS SUS RISAS



CONTAR ESTE CUENTO EN FLOR

¿DÓNDE ESTÁN?



LXS QUE ESTÁN EN LAS MONTAÑA NOS VIENEN A ACOMPAÑAR

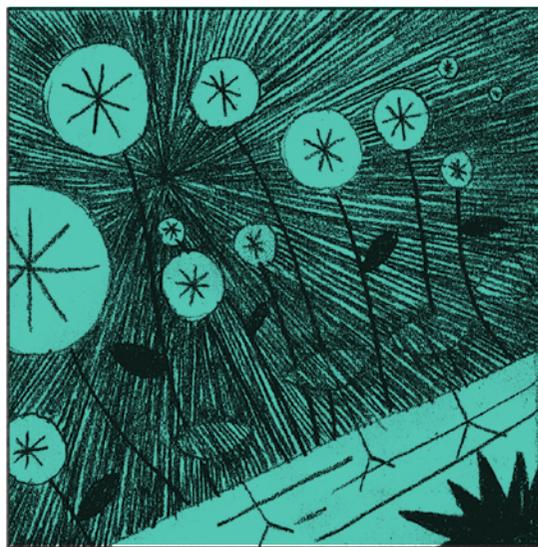
Ojos que no ven

Camila González Giovinazzo

Éstas son las reflexiones que en el primer aniversario de su infausto gobierno he querido hacer llegar a los miembros de esa Junta, sin esperanza de ser escuchado, con la certeza de ser perseguido, pero fiel al compromiso que asumí hace mucho tiempo de dar testimonio en momentos difíciles.

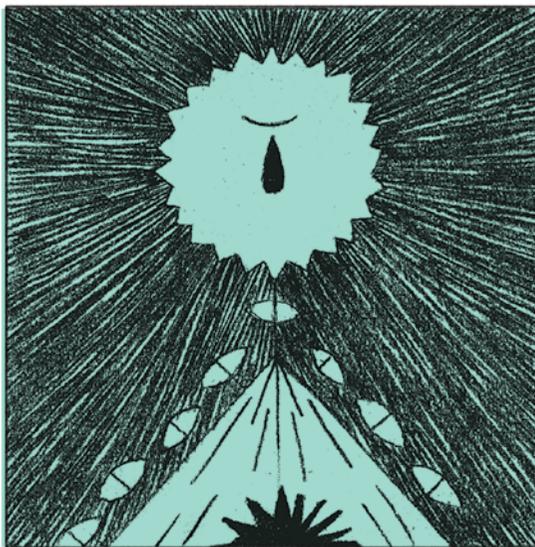
Rodolfo Walsh

ESCUCHAREMOS SUS LATIDOS



SER CANCIÓN EN EL VIENTO

HAY MUCHA GENTE QUE CAMINA PARA VERTE



YO VOY Y VAN CONMIGO MUCHOS MÁS

ESTRELLITA QUE LOS VISTE



ALÚMBRANOS EL CAMINO

QUE SE DÉ UNA RESPUESTA



A TANTO QUE HAN PREGUNTADO

Sé que los días pasan gracias a la luz que se cuelga por la ventanita que está en lo alto de la pared, al borde del techo. Observar el juego de la luz al ingresar se ha vuelto una tarea casi hipnótica para mí. Llevo una nota mental de cómo la traspasa, de sus pigmentaciones y de sus sombras. Nunca antes le había prestado demasiada atención, pero ahora ya soy toda una experta. He medido cómo varía, un poco todos los días, y sé que mañana será diferente. Ésa es mi única certeza, pero certeza al fin.

Sucede que allá afuera la vida sigue, a pesar de todo, y la variación de la claridad es una prueba de ello. Por la mañana ingresa tenue, apenas sombrea mi catre. Hacia el mediodía comienza a calentarse y, más intensa, dibuja el contorno negro y empequeñecido de los barrotes que a veces se interrumpen por las pisadas de la gente en el mundo de los vivos. A la tarde ingresa de lleno. Si me acuesto, me pega en la cara. Si la observo directamente, me brillan las pestañas y se me entrecierran los ojos ante la blancura. Si me siento contra la pared de la ventana, para no interponerme, se refleja centelleante sobre los líquidos del balde. Éste también es el momento en el que la cuadrícula ocupa casi todo y se agranda cada vez más, grisácea, al paso de las horas.

Comienzo a ponerme nerviosa. Llega el atardecer con su fulgor amarillento que me recuerda a las puestas de sol naranjas, a los tintes rosados y a los violetas del cielo que se mezclan con las nubes pintadas a tono. Todos los días ruego para que la luz no se acabe, pero no hay caso. Ella se destiñe con suavidad hasta que sólo queda el destello de las farolas en la calle.

Cuando cae la noche, respiro hondo y con mi uña dibujo una raya en la pared: un día más ha pasado. En ese punto los gritos vuelven. O quizá nunca se fueron. Cierro los ojos, los aprieto y los escucho con claridad. En la negrura retumban aún con más fuerza.

La puerta rechina mientras se abre, lo que me da tiempo de abrir los ojos, a la vez que mi cuerpo se pone en tensión. Un hombre, distinto al de ayer, tira al suelo un pan, que rueda hasta llegar junto a mi balde, y luego avienta un plato. Acto seguido, con un cucharón en la mano, lo llena de un líquido espeso y amarronado. Observo fijamente cada movimiento que hace. Él me mira de arriba a abajo, sus ojos llenos de asco, y me dice:

—Acá tenés tu cena. Decime, ¿qué se dice, eh? ¿Qué se dice? —Observo, sin emitir sonido y a través suyo, a la pared gris del otro lado de la puerta y él responde:

—Seguro que los zurditos que tenías de padres no te enseñaron a agradecer, pero yo te voy a hacer aprender lo que es bueno, nenita. —Cierra de un portazo. Apenas se escucha el clic de la cerradura, me lanzo al suelo y agarro el pan. Con lentitud lo despedazo lo más que puedo y, una a una, siento cómo cada migaja se humedece en mi boca.

Despierto y todavía es de noche. En algún momento me habré quedado dormida. Las farolas de la calle ya se apagaron. No queda nada. En momentos así, ya no sé si tengo los ojos abiertos o cerrados. De todas formas, da lo mismo. “Ojos que no ven, corazón que no siente”, recuerdo que me decía mi mamá cuando me llevaba a dar las vacunas. Pero en eso falló, en eso no tenía razón, porque no funciona un carajo. Aunque me tapen los ojos, el miedo no se va y el pinchazo sí se siente.

Entonces lo escucho. A lo lejos se oye su llanto. Lloro desconsolado, con los hipidos de quien apenas logra respirar. Se escuchan unas pisadas fuertes, golpes metálicos, una puerta que rechina y el grito de otro hombre:

—¿Querés que te mate, subversivo hijo de puta? Más te vale que dejes de llorar como un maricón o vas a ver. —Más golpes. Muchos más. Se escucha un ruido como de algo que se arrastra. La puerta se cierra. Las pisadas se alejan. Silencio.

La claridad me despierta. La ventana tiene un vidrio esmerilado y es del tamaño de una caja de zapatos. A veces, además de observar los juegos de la luz, me gusta detenerme en las sombras de los que pasan. Sus pies se interponen y dibujan cosas en las paredes sucias de mi celda. Son como las animaciones de un proyector. Casi siempre van apurados.

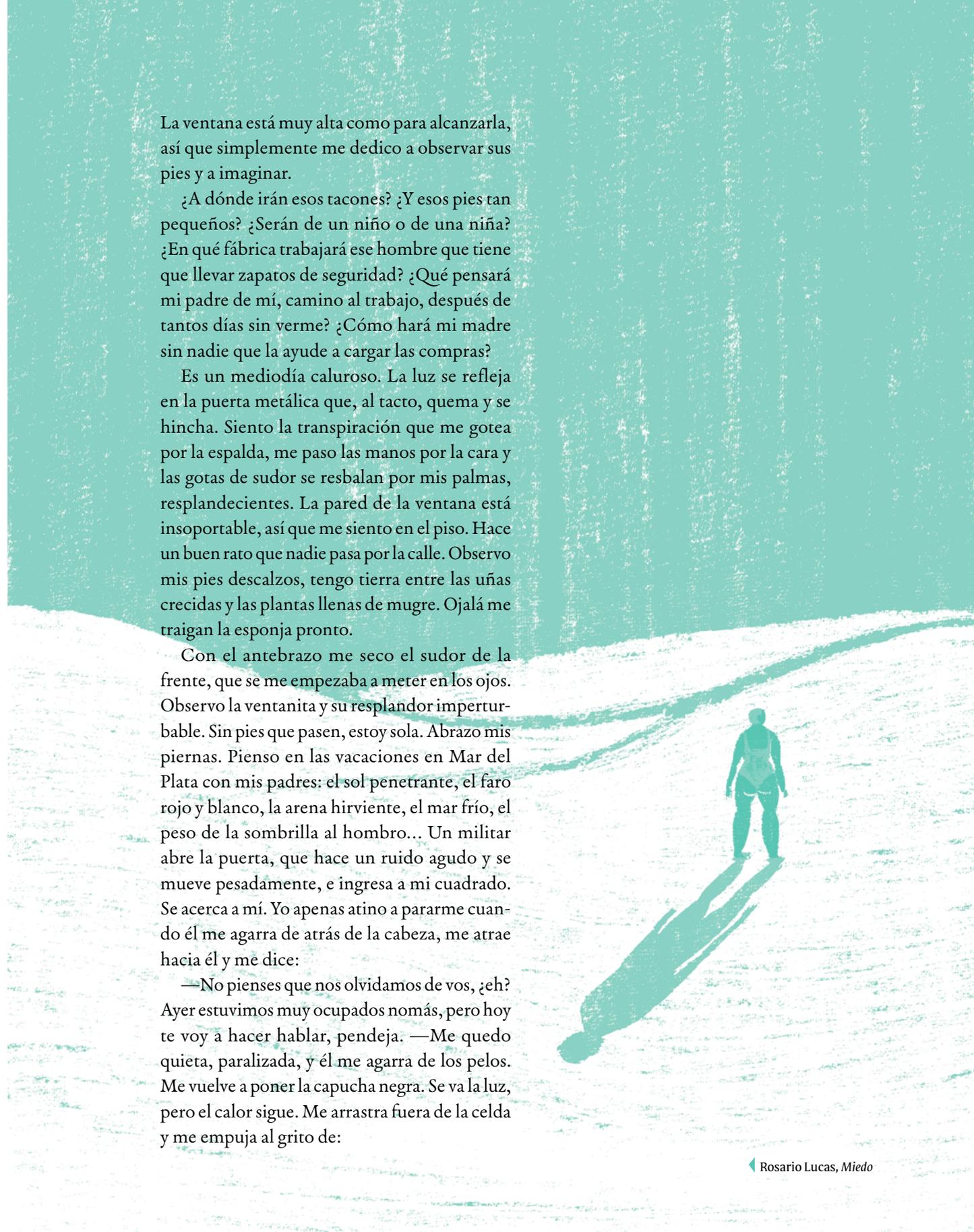
La ventana está muy alta como para alcanzarla, así que simplemente me dedico a observar sus pies y a imaginar.

¿A dónde irán esos tacones? ¿Y esos pies tan pequeños? ¿Serán de un niño o de una niña? ¿En qué fábrica trabajará ese hombre que tiene que llevar zapatos de seguridad? ¿Qué pensará mi padre de mí, camino al trabajo, después de tantos días sin verme? ¿Cómo hará mi madre sin nadie que la ayude a cargar las compras?

Es un mediodía caluroso. La luz se refleja en la puerta metálica que, al tacto, quema y se hincha. Siento la transpiración que me gotea por la espalda, me paso las manos por la cara y las gotas de sudor se resbalan por mis palmas, resplandecientes. La pared de la ventana está insoportable, así que me siento en el piso. Hace un buen rato que nadie pasa por la calle. Observo mis pies descalzos, tengo tierra entre las uñas crecidas y las plantas llenas de mugre. Ojalá me traigan la esponja pronto.

Con el antebrazo me seco el sudor de la frente, que se me empezaba a meter en los ojos. Observo la ventanita y su resplandor imperturbable. Sin pies que pasen, estoy sola. Abrazo mis piernas. Pienso en las vacaciones en Mar del Plata con mis padres: el sol penetrante, el faro rojo y blanco, la arena hirviente, el mar frío, el peso de la sombrilla al hombro... Un militar abre la puerta, que hace un ruido agudo y se mueve pesadamente, e ingresa a mi cuadrado. Se acerca a mí. Yo apenas atino a pararme cuando él me agarra de atrás de la cabeza, me atrae hacia él y me dice:

—No pienses que nos olvidamos de vos, ¿eh? Ayer estuvimos muy ocupados nomás, pero hoy te voy a hacer hablar, pendeja. —Me quedo quieta, paralizada, y él me agarra de los pelos. Me vuelve a poner la capucha negra. Se va la luz, pero el calor sigue. Me arrastra fuera de la celda y me empuja al grito de:



—¡Dale, pendeja, caminá que no tengo todo el día!

De pronto me frena y me empuja contra un rincón. Me golpeo la cadera con el borde de algo. Él pone su cuerpo encima del mío, vuelve a agarrarme de la nuca y me susurra:

—Me imagino que la princesita ahora sí se va a dignar a hablar, ¿no?

—Tira mi cabeza hacia abajo y me sumerge con fuerza en el agua, como cuando en la playa me metía al mar y una ola me sacudía. Ahora me grita:

—¿Me vas a decir qué hacías con tus amiguitos de la secundaria? O mejor, ¿no querés contarme qué hacían en sus reuniones después de clase? ¿Te conviene no hacerte la boluda, eh! —Me vuelve a tirar hacia abajo, esta vez alcanzo a cerrar los ojos con fuerza y a tomar aire, pero no puedo evitar sentir cómo me envuelve la presión.

—Si seguís haciéndote la mudita, te va a salir caro. —De nuevo me golpea la fuerza del agua, como esa vez que le solté la mano a mi padre y las olas me arrastraron hasta la orilla.

—Ya vas a ver lo que les pasa a las pibas como vos que andan haciendo cosas que no deben.

50 Cuando me devuelven, tengo el pelo todo mojado. Me sacó la capucha negra y veo todo anaranjado. Se acerca la noche. Me acuesto y me hago una bolita con las piernas sobre mi vientre. Yo no sé nada, no sé qué hago acá, no sé cuánto me faltará para salir, no sé dónde estoy, ni sé qué hicieron con mis compañeros. Tampoco sé dónde está mi voz, ya ni palabras tengo. Nuevamente la luz mengua y ruego porque no suceda, pero se hace de noche. Deslizo mi uña sobre la pared. Me paro y camino dos pasos hacia el frente, dos al costado, tres hacia atrás. No sé qué hacer. El tiempo no avanza, no avanza, no avanza.

En medio de mi caminata se abre la puerta. Es el mismo hombre de la cena de ayer. Pero esta vez entra con el plato en la mano, cierra la puerta y se sienta en mi catre.

—Hola, hermosa. Te traje algo especial para vos —dice, y me señala el plato con un pedazo de pollo y papas fritas. Me quedo inmóvil en la esquina contraria, y él me hace un gesto para que me acerque. Me siento en el lado opuesto.

—Tomá, agarralo y comé. —Dubitativa, lo agarro y me quedo observando la carne dorada de la gallina. —Por favor, comé —dice él con firmeza. —No me voy a ir de acá hasta que termines. —Despacito comienzo a morder la presa. Los dedos se me llenan de

▼ Daniela Ivette Aguilar, *Observadora*



grasa. Él me mira fijo mientras como, pasa su mano por mi pelo y me hace comentarios:

—Así que vos no hablás, ¿no? Igual a mí no me importa, porque sos preciosa, ¿sabés? ¡Ay, sabrá Dios que las calladitas son las peores!

Cuando termino, me saca el plato de la mano y lo tira al suelo. Una de sus manos se desliza por mi pierna y la otra me agarra del hombro para darme vuelta. La oscuridad es total. La noche es quizá la más larga de todas mis noches.

Hoy el día amaneció gris. Debe ser tarde, porque la luz es muy poca. Estoy hace un buen rato mirando la ventana, que es como mirar a la nada, hasta que de pronto pasan ellos. Unos mocasines y unos tacones de plataforma baja. Pasan juntos con paso inseguro, pero son ellos. Comienzo a gritar:

—¡Papá! ¡Mamá! ¡Acá estoy! ¡Por favor, vengan a buscarme! ¡No se olviden de mí! —Y aún más fuerte exclamo: —¡Papá! ¡Mamá! ¡Por favor, por favor! —En ese momento, se abre la puerta con un golpe seco. El hombre de las preguntas ingresa y, con furia, dice: —¿Viste cómo podías hablar, pedazo de guerrillera asquerosa?

Acto seguido me empuja. Salimos al pasillo y luego subimos una escalera hasta llegar a un patio. El cielo está lleno de nubes. Me tira con saña contra una pared. Sólo alcanzo a mirar hacia arriba. Él habla con firmeza. Por detrás de las nubes se asoma el sol. Lo miro fijo y me cega. Aparece otro soldado. Él le indica algo al otro hombre. Yo me tapo los ojos por unos segundos hasta que logro acostumbrarme a esa tonalidad amarilla que hace tanto no veía. Se escucha un estruendo. Ruego por que no ocurra, pero es inevitable. La luz desaparece. ❶

Camila González Giovinazzo (Buenos Aires, 2003). Estudia Ciencias de la Comunicación en la Universidad de Buenos Aires, actualmente realiza un intercambio en la UNAM. Fue finalista del Mundial de Escritura (2021), obtuvo el segundo puesto del 1° Concurso de Literatura Juvenil (2022) y es parte de la *Antología Norita Cortiñas* (2023).

Sueño en norte

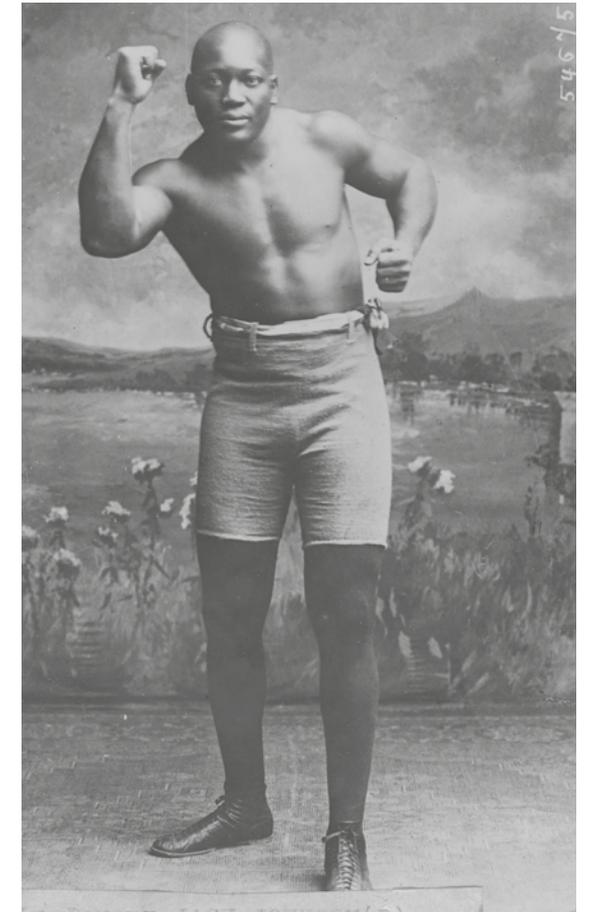
Marcos A. Medrano

Día diez (24 de junio)

Me sorprende y no ver este país que en poco tiempo dominará el mundo y, con otro puñado, establecerá un control sobre mi país y todos los de abajo. Veo a la nación que comenzará a liderar eso que conoceremos como norte global. Pienso: así que éste es el norte, el *great America*, aún sin bomba nuclear, sin invasión a Medio Oriente, con los migrantes relegados a sus tareas de clase: braceros, choferes, jornaleros, albañiles, poco más que esclavos, perros de pelea: boxeadores.

El trabajo es traducir este inglés con sus aspiraciones, y traducir este boxeo, y a dos hombres que hablan el lenguaje del madrazo. *Tradere* es el origen etimológico de traducción y traición, su significado es entregar, dar a otro algo, darle a otro la lengua. Darle al lector lo que veo, lo que escucho y decirle cómo va el conflicto. Traiciono porque lo que está a punto de ocurrir siempre pasa diferente, todas las veces, desde cada ángulo donde se mira, excepto quizá, en ese bucle llamado ring.

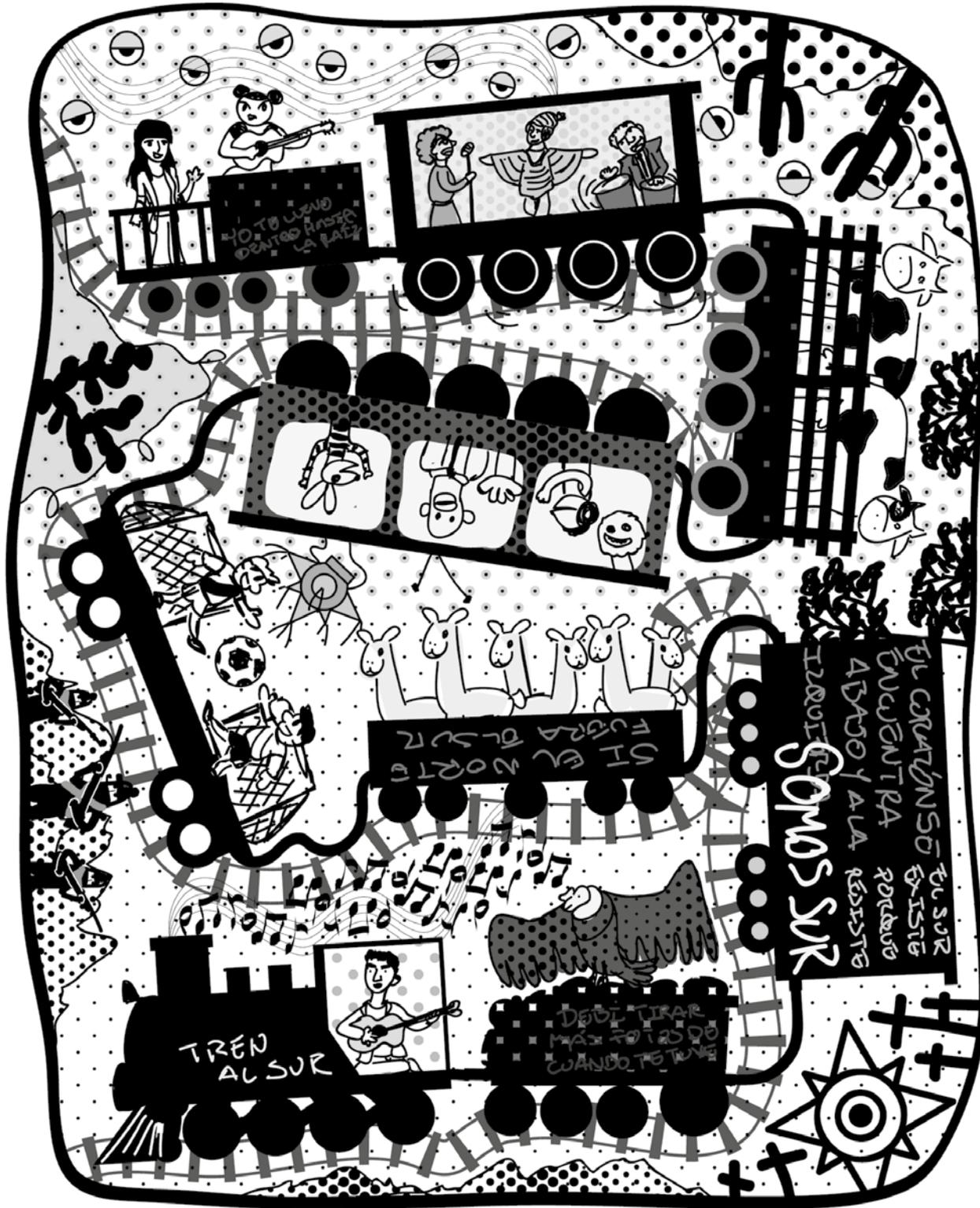
El lugar: antes de las Vegas, antes de Nueva York, antes, es decir, ahora que el boxeo moderno está recién parido por el IX Marqués de Queensberry y existe un sólo campeonato del mundo, una *pelea del siglo* puede darse en una ciudad simple como Reno en el estado norteño de Nevada. A ella asistirán veinte mil



▲ Jack Johnson. Fotografía de Maurice-Louis Branger, 1913. Collection of the Smithsonian National Museum of African American History and Culture

personas, lo que convierte este evento en memorable, tomando en cuenta que la población de Nevada es sólo la mitad de eso.

El lugar es entonces un cuadrado donde entrarán a exhibirse dos personas que se entienden sólo



▲ Ricardo Briseño, *Tren al sur*

a partir del otro, pero el 4 de julio se entenderán también los peleadores sólo a partir de un público ansioso de violencia, lleno de traductores y traidores.

Día nueve (25 de junio)

Para la pésima suerte de James “Jim” Jeffries, ese al que hay que derrotar se llama Jack Johnson. Un tipo que ha salido de cualquier casucha en Galveston, Texas, un lugar que en dado momento de la historia fue parte de México, y llega a Reno cargando en la mano derecha, como un costalito, a una rubia llamada Lucille Cameron. Johnson tiene muchas cualidades que nos pueden interesar para hacer su perfil; es calvo, mide 1.84, pesa 91 kilogramos, es relajado, se mueve como nadie en la defensiva y el contragolpe, acaba de patearle el trasero a Tony Burns en Sidney, tiene una sonrisa, es verdad, larga y violenta, es el campeón de los pesos pesados y, lo más importante, es negro.

Día ocho (26 de junio)

Los padres de Jack, Tina “Tiny” y Henry Johnson fueron esclavos de un terrateniente gringo del sur. A la línea de los Johnson le han pegado encima un apellido blanco que llevan muchos negros *americanos*. ¿Cómo se llamaría?, ¿qué nombre llevaría la línea de sus padres de haber sido libres?, ¿cuáles serían las palabras con las que se nombrarían frente al mundo? Son preguntas que Johnson jamás se responderá. Pero no importa, todavía Cassius Clay no nace, aún no decide cambiarse el nombre que le dieron los blancos para llamarse “El mejor de todos los tiempos”, el Gran Muhammad Ali, cuando un rústico Johnson ha decidido ser “El Gigante de Galveston” y retar a nada más y nada menos que la supremacía blanca del boxeo.

Día siete (27 de junio)

Dicen los gringos, orquestados por el escritor y cronista Jack London¹, que el sol nunca ha brillado más en Nevada. Los cielos del Señor están resplandecientes de ver llegar, de todos lados de América —la unidimensional— a lo mejor de lo mejor, vestidos en traje de tres piezas a juego y sombrero, los señoritos y las mujeres a la Kate Winslet en *Titanic* llegan en sus carros o a pie. Van sacudiendo los dólares que les da la preciosa democracia en

¹ Enviado también por el *New York Herald* para cubrir y escribir una crónica al día por diez días antes del evento.

América al barato precio de las vidas de algunos ciudadanos de baja categoría y de esclavos como Tina “Tiny” y Henry Johnson.

Llegan con antelación para instalarse y estar frescos en el día importante. Me pregunto si en este punto hay peor escenario para un negro —o un mexicano— que tener reunida a lo que parece la mismísima corte de Donald Trump en vísperas de un 4 de julio para llevar a cabo el evento conocido como “La pelea del siglo”.

También me pregunto qué piensa Johnson, qué hay detrás de esa sonrisa que le regala a cuanta mujer le pasa enfrente, de esa verborrea que les tira a los periodistas. ¿Hay miedo?, ¿es verdad que ha dejado de sentir el peso de las cadenas?

Día seis (28 de junio)

En su campamento Jim Jeffries luce fuerte y bello. Sin embargo, el peso de su historia me hace concebirlo con la belleza de una rosa que ya fue arrancada de la mata. El terciopelo de su piel irá menguando desde este momento al día cero.

Le pregunto: Jim, ¿haces esto por los cien mil dólares?, pero no me contesta, no quiere contestarle nada a nadie. Gira su espalda colosal, ¿qué era Jim antes de este combate? Un campeón. ¿Y antes? Un hombre que de haber sido menos colosal jamás hubiera tenido su propia granja, hubiera podido trabajar en alguna, quizá incluso se habría desempeñado como capataz, también puede ser que hubiera trabajado en una fábrica. Es decir, ¿quién era Jim antes de sus puños?

Y ahora, ¿por qué tiene que salir del retiro para enfrentarse a ese Gigante del sur?

¿Alberga Jim esperanza de salir victorioso?

¿Qué hará cuando vea la sonrisa hiriente de Johnson en el ring y no le quede otra que pararse de frente y responder?

Día cinco (29 de junio)

Pienso que ese mote de la Esperanza blanca ha caído en él como una maldición. Jeffries ha salido del plácido retiro para enfrentar la lucha que evitó en sus mejores tiempos cuando era campeón del mundo.

Todo elegido es un maldito. Una caída aguarda a todo aquel que llega a la cima. Jim Jeffries, lo mismo que Johnson, deberá cargar el peso de esta contienda por muchos años. Al propio Johnson el peso lo aplastará de culpa inmerecida, en los días siguientes a la pelea los conatos racistas van a matar a algunos negros, y los periódicos lo dirán precisamente así: “algunos negros han muerto”. ¿Es por esta pelea que el camarero del Café

Moon no le querrá servir a Johnson? Si se hubiera tardado más ahí, si la tasa con café hubiera humeado en la mesa del primer negro campeón de los pesos pesados, si eso, o si... es muy pronto para hablar de la muerte.

Por ahora basta con el peso del pugilato, con Jeffries ensimismado, convenciéndose de que recuperará el campeonato y de que Johnson no es el hombre del que huye.

Día cuatro (30 de junio)

El día de hoy London visita a Jeffries, declara su amor en el periódico, amor a su país, a su lengua, a sus peleadores, a su raza. Siente hacia Johnson algo de misericordia, asocia la sangre anglófona al boxeo, es su lenguaje dice. Se regodean los nostálgicos del esclavismo, se emocionan imaginando cuál será el golpe que hará caer al negro, sin embargo...

Mañana comienza julio, el 4 se espera la celebración de la raza, la grandeza americana en uno de sus sentidos más degradados. London, el gran escritor, no puede escapar de la contradicción de su tiempo. Se ha empeñado en criticar a los grandes comerciantes que se enriquecen del trabajo obrero en condiciones miserables, de la corrupción, del capital, pero en este momento no puede evitar alabar al salvador, al blanco. No puede esperar para ver cómo ese lenguaje de la raza se impone en el cuadrilátero.

Aun así, en sus palabras se resquebraja la aseveración y asoma la duda, ¿y si el negro no cae?, ¿y si el negro resiste cuarenta rounds?, peor, ¿si el negro vence?, ¿si noquea a Jeffries? La gente también duda de las palabras de London porque en los puños de Jack hay algo que no se ha visto en un negro: su lenguaje. Uno que sí, tiene que ver con la raza, pero no con esa aura primigenia a la que se refiere London, sino con una razón muy material: en sus puños el lenguaje que se ha desarrollado es el de enfrentarse a la opresión. Jack no es un revolucionario, no conscientemente pero, por decirlo de alguna manera, ha nacido con los guantes puestos, y hoy, esa llama que lo enciende es, de hecho, el saberse un negro que habla.

Día tres (1 de julio)

¿Cuál es la patria de los negros?, ¿de dónde vienen?, ¿en dónde viven? En América, en 1910, los negros que apenas dejan la esclavitud no son de Estados Unidos. La situación es parecida a la de los indios. Comparan el mismo tipo de gentilicio genérico, impuesto por la supremacía racial, que les quiere obligar a no ser, que intenta quitarles esa parte de la identidad, para arrebatarles la pertenencia y agruparlos en un no ser indefinido, buscando convertirlos en seres sin costumbres y sin palabra propia. A pesar de todo, su camino es defendido del genocidio por

ellos mismos que no se dejan arrebatar la lengua. Por ejemplo, en un par de días, Jack Johnson estará obligado a derribar esas puertas del destino negro, “I’m Jack Johnson”, dice cuando golpea el saco, se reafirma, se mueve, baila, esa puerta del destino deberá caer con la inscripción de Jim Jeffries “La esperanza blanca”.

Habrán un espacio por el cual entrar mientras Johnson reine. El costo de la muerte estará presente, olas de violencia y asesinatos raciales; los van a linchar porque un negro ha demostrado que es mejor que el mejor blanco de todos. Pasará tiempo antes de que llegue Joe Louis, de quien la prensa llegará a decir: “Es un orgullo para su raza. La humanidad”², Floyd Patterson, el aterrador Sonny Liston, Ali el más grande, Foreman, Fraizer, Holmes, Tyson, Floyd Mayweather y tantos otros. Y seguirá pasando aún con ellos. Entrarán al juego los latinos, los mexicanos que también nacieron con los guantes puestos en una calle jodidísima parecida al barrio de Johnson en Galveston y —¡encima!—, todavía más al sur.

¿Y qué es todo esto:

qué puerta en verdad derriba Johnson

la de una liberación o la lucha de esclavos sin cadenas?

Día dos (2 de julio)

El lenguaje de Johnson: la palabra: el puño como fogonazo de la memoria. Ésta es la historia de un negro.

Un negro muere de manera circunstancial porque un camarero no le da el servicio:

El negro necesita un café.

En 1912, después de destruir todas las esperanzas blancas posibles, el supremacismo tiene que recurrir a su fiel Estado. Johnson, encantador de señoritas rubias es acusado de “rapto” de una mujer con motivos indecorosos, según una ley hecha a la medida.

El negro sale del establecimiento, sube a su automóvil. Una vez más este país lo condena, le priva incluso de ese gusto tan simple.

Para escapar de la cárcel, este negro tiene que huir, irse del país, y llevarse con él su campeonato, ese cinturón que lo valida como el mejor.

El negro se estrella, tiene 68 años cuando su corazón deja de latir.

Pelea en el extranjero, se debilita, reside en La Habana donde el calor de la ciudad comienza a vaciarle la resistencia. Extraña a su padre y a su casa. Sueña en norte. Es entonces cuando se ofrece esa oportunidad magnífica y atroz. Pelear y perder para regresar a los Estados Unidos, a prisión un año, y ver, otra vez, que la soledad también es una casa.

² Aunque esto haya sido dicho bajo la concepción de un negro al modo aceptable de la raza blanca.

Su sonrisa se cierra para siempre.

La historia de este negro que regresa a su patria, para terminar peleando casi anciano en combates deprimentes, es la forma, la única, en la que se le venció. Esta decadencia, aun así, resulta insuficiente para enterrar su significado.

El negro, en su auto reventado contra el asfalto, mientras muere, extiende la mano y tapa el sol con su oscuro dedo, otra vez, para siempre.

Día uno (3 de julio)

Cualquiera que haya saltado la cuerda en un gimnasio de boxeo ha visto o, en el mejor de los casos, sentido la liviandad del ser. El día de hoy Johnson abrió su campamento al público para saltar la cuerda. Lo que hace es volar, una mole liviana y antinatural como todo en el conflicto pugilístico, se desliza destellante en el ring. Sus músculos, primero suaves, casi flácidos, se tensan hasta exponer toda su belleza.

El público no está listo para pensar en Jack Johnson como otra cosa que un simio dotado, pero ésa no es sino la única manera de defender su propia vulnerabilidad, ésa que se asoma cuando uno de los oprimidos no tiene miedo, cuando domina.

Es cierto que lo hace en su terreno, es imposible hablar de raza sin hablar de clase; Johnson, igual que la mayoría de todos los que le preceden y lo suceden, alimentará el espectáculo de un reducido grupo de personas que puede pagar por ver el portento que son los boxeadores. Pagarán para hacer posible la caída de los ídolos, por maquinarse el ascenso de otros y enriquecerse en el acto. Esto no cambiará. Los nuevos promotores, desembarazados de cierta mafia, serán cada vez más rapaces.

¿Por quiénes boxean?, les pregunto en la rueda de prensa. Johnson sonriente dice “por mí”, y Jeffries dice mirándome despectivamente “por los míos”.

Día de “El combate del siglo” (4 de julio)

Es *July 4th* y el norte nunca había estado tan al sur. Ante este viento se mueven los blancos como banderitas de playa de Acapulco, son tan sólo las 13:30 de la tarde, apenas pasamos el medio día y la noche les ha caído encima. Todo está saliendo como al revés. África está en Norte América. El esclavo golpea con las cadenas y Jeffries es sólo otra víctima del supremacismo que mañana se decepcionará de él y lo regresará al retiro sin su invicto.

Lo recordarán como la esperanza perdida y buscarán a otro que lo supla.

El conflicto alcanzó los quince rounds, en un absoluto dominio, la sonrisa de Johnson no se detuvo una vez, *jab, jab*, cruzado que derriba a Jeffries, croan veinte mil ranas, su idioma es el de la caída y no el de los púgiles. En algún lugar nuestro Jack London, que escribirá —no sé por qué— un cuento sobre un boxeador mexicano revolucionario, se entristece. No hay nada en su cuaderno y su pluma pesa.

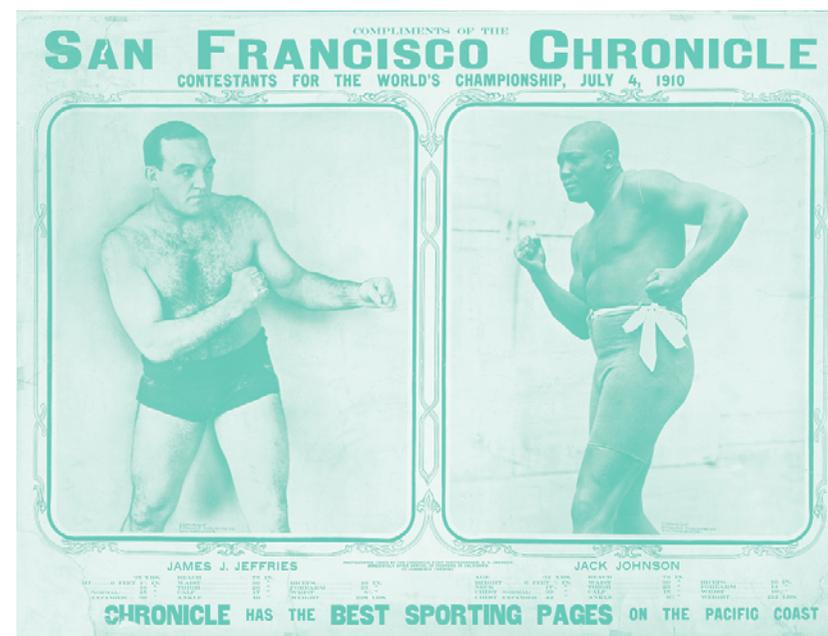
La policía habla de detener la pelea antes de que Jeffries no se pueda levantar y caiga funestamente noqueado. La primera vez que cae dos gringos se meten al ring para levantarlo, pero antes de que puedan abandonar el cuadrilátero Johnson lo derriba una vez más.

Sí, son las primeras notas de esta música, en 1910 tan extraña, que dominará el boxeo. Mi país, todavía en una especie de transición

entre el modelo feudal a la Porfirio Díaz y el capitalismo mexicano a la Porfirio Díaz, prepara generaciones de boxeadores que saldrán de un hoyo para dominar un deporte de quienes no tienen otra cosa con la que trabajar que el cuerpo en su sentido más literal. Mi país no sabe que existe Jack Johnson allanando nuestro camino de peones.

Pronto la desigualdad hará su trabajo y egresará de nuestro sur ese sueño pútrido en norte, en el que venceremos, del que incluso los López, Garcías, Juárez y Gómez norteamericanos se apoderarán.

El boxeo, esta pequeña guerra reglamentada por los ingleses, será tomada como hoy la toma Jack Johnson: con una contradictoria justicia que, para elevarlo, lo sacrifica. 📍



▲ *San Francisco Chronicle*, Contestants for the World's Championship, July 4, 1910. Library of Congress Prints and Photographs Division Washington, D.C.

Marcos A. Medrano (1996). Es narrador y ensayista. Escribió el libro de cuentos *Los ajados* (2021, 2024). En 2022 ganó el primer premio de Minificción del Concurso 53 de Punto de Partida. Es subdirector de Literatura y Autores de la Coordinación Nacional de Literatura del INBAL.

GLOBAL HAWK

Diego Montoya

I

No parecía algo de este mundo,
 no era cuerpo frágil o breve
 sino híbrido entre híbridos
 anfibología de la materia:
 buque alado
 cetáceo amurallado
 prefabricado mamífero
 sin rastro alguno de blandura.

Nacer para estallar.

60 Crianza de aleaciones infrarrojos
 omen terrible:
 US AIR FORCE
 en el silencio imperio de dunas.

Destello,
 transfiguración del único nombre,
 en piedras, caracteres canto,
 tecnificada escritura
 de esporas luminosas.

Mashallah, al fin, la tierra.
 Allahu Akbar, la atmósfera.

II

¿Cuántos fantasmas en primera plana?

resonante *casus belli*
 Maine, 1898, costa del Pacífico, 1941:
 sucesiones del presente ya sin dioses.

Finalmente, otro bello objeto despeñándose
 summa de siglos
 en metal carbonizada.
 Acallado lamento
 del cosmos
 viviente.

61

Diego Montoya (Ciudad de México, 1991). Cursó la maestría en Historia del Arte en la UNAM, y el Diplomado en Escritura Creativa en el INBA. Se ha desempeñado como curador en el Centro Cultural Tlatelolco y como docente de Historia del Arte. En 2025 formó parte de la residencia internacional de escritura creativa *Under the Volcano*.

Abajo, cada vez más abajo

Dora Luz Herrera Jiménez

Cada tanto ocurre lo mismo. Grupos de hombres con música estruendosa llegan a nuestro pueblo. Cada cuatro años, para ser precisos, sus toquidos agujerean nuestras puertas, las desbaratan. Aun así, siempre les abrimos, resignados, en silencio. Incluso si nuestras manos tiemblan al girar la perilla y la tierra se estremece al advertir nuestros pasos cansados. Con los ojos saltando y el pecho apretado, recibimos a nuestros verdugos.

El contraste es colosal. Adentro, uno de los nuestros clava la mirada desconfiada en el suelo. Afuera, un tumulto de desquehacerados rodea al sujeto pomposo que extiende su delicada mano con una sonrisa inventada, que aparenta amor y compasión. Nuestras manos se estrechan cuando ruge el fastidioso flash. Ese destello potente que nos ciega a nosotros y a él lo devuelve a su mundo de cansancio y repudio.

Entonces pasa, sin falta: nuestra casa se sume. Medio metro más abajo. Así ocurre con todas las moradas longevas del sur. Las montañas que nos rodean nos parecen más altas y resistimos más calor. La gente del barrio dice que los cuerpos de esos hombres —los que sí tienen para comer— son asquerosamente pesados. Ni la tierra los aguanta. Por eso se hunde. Abajo. Cada vez más abajo.

Lo peor es que ahora llegan más. Ya no sólo son rojos. También hay azules, naranjas, morados y rosados. Y cuando por inercia se cruzan por las calles y chocan entre ellos, generan una colisión que despliega un socavón inminente. Hasta que la calle sobra entre los hoyos. Riñen y gritan, escupen salivas grotescas, babas agrias que nos producen náuseas, que fatigan a los niños y les impiden salir a jugar.

Sus bocinas compiten:

—Nosotros somos el verdadero cambio — increpan.

—Nosotros somos diferentes —prometen.

—Nosotros sí tenemos palabra. No les vamos a fallar.

Pero todos fallan. Ésa es la única certeza.

Lo que no entendemos es por qué siguen bajando. ¿Para qué perder el tiempo en convencernos a nosotros, que no valemos, que no contamos? ¿Para qué golpear nuestras puertas, si nunca nos toman en cuenta? ¿Para qué tanta promesa, si al final siempre es lo mismo? Siempre vienen los mismos despreciables hombres pesados. Y nosotros nos seguimos hundiendo. Poco a poco. Con escalofríos, en un silencio denso. Lo único que anhelamos es que la tierra nos trague y ya no nos molesten más. 

Dora Luz Herrera Jiménez (Naolinco de Victoria, 2000). Egresada de Lengua y Literaturas Hispánicas de la FFyL, UNAM. Es autora de *Fémica: Memorias que el tiempo no ha borrado* (2024) y es parte de las antologías *Voces del Totonacapan* (2023), *Lágrimas espectrales* (2024), *Cuando duele el amor* (2025) y *Voces del futuro* (2025).

Del archivo

64

Entrevista con
Elsa Cross
Ofelia Ladrón de Guevara

Tesaurus

71

Calicanto
Citlalli Santos

Reseña

72

De voces y ausencias
Alejandro Durán
Moctezuma

Entrevista con Elsa Cross

Ofelia Ladrón de Guevara



Fotografía: Alejandro Aura, 1966. Cortesía de Elsa Cross

En la poesía de Elsa Cross hay un deseo de despojamiento, un fluir de presencias, un diálogo con un otro absoluto. Se trata de una indagación en la que la voz poética no intenta ser encontrada sino hallar el mundo, fusionarse en él. Como seña de esta búsqueda interior, el lenguaje —en sus múltiples posibilidades, muchas veces expandiéndolas— difumina los límites: la realidad se nos muestra en sus diversos niveles.

Esta entrevista busca ser una especie de memoria. Las cinco preguntas, como una ventana, nos permiten vislumbrar las inquietudes que marcaron sus inicios como escritora y explorar los temas que han persistido a lo largo de su obra. A su vez son un acercamiento a la poesía misma, a esas múltiples capas de realidad que sólo mediante ella es posible invocar, hacer visibles. “Bacante”, poema incluido al final, fue agregado a petición de Cross, puesto que ilustra la entrevista.

En algunas entrevistas ha mencionado que, al principio, pensó que escribiría narrativa, y que incluso dejó varias novelas y un libro de cuentos sin terminar. ¿Cómo fue, entonces, su primer acercamiento a la poesía? ¿Siente que fue a través del poema que empezó a encontrar su voz como escritora?

Fue muy difícil. Lo primero que escribí, como a los catorce años, fue poesía, pero siempre era complicado para mí, y eso me hacía sentir que no tenía talento. Sin embargo, los poemas era lo único que podía terminar y lo que me permitía ir más a fondo en lo que quería decir. Y también sentía que en uno o dos versos un poema podía decir lo que tomaba un gran rollo descriptivo decirlo en prosa. Tuve gradualmente una penetración mayor con la poesía, además de que el impacto que dejaban en mí algunos poetas era mucho más profundo que el de mis narradores preferidos. Leía entonces muchísima narrativa; nunca volví a leer tanto.

Lo curioso es que he vuelto a escribir prosa. Estoy trabajando ahora en un libro que no sé muy bien qué será porque no es novela, ni cuento, ni sigue un hilo narrativo; pero tiene cierta consistencia y quiero ver en qué desemboca.

En julio de 1968, en el número 11 de *Punto de partida*, publicó el poema “Vocación de locura”, su primera colaboración en la revista. ¿Qué significó para usted formar parte de este espacio en aquel momento? ¿Qué representó *Punto de partida* para su generación?

Me dio mucho gusto que apareciera ese poema en la revista, aunque yo llevaba ya como cinco años publicando en varias revistas y suplementos culturales. Tener una revista así en la UNAM era maravilloso. Había una tremenda efervescencia entre los y las jóvenes de aquella época, y que alguien

nos hubiera tomado en cuenta, como Margo Glantz que creó la revista, era invaluable. En 1969 ella también publicó en Siglo XXI una antología llamada *Narrativa joven de México*, donde incluyó tres cuentos míos, junto a los de otros jóvenes que después fueron grandes narradores, como José Agustín y Juan Tovar, que luego derivó hacia la dramaturgia. Es un poco triste ver cómo casi todos los autores incluidos en ese libro se han ido ya.

A su generación le tocó de cerca el movimiento estudiantil del 68, así como el movimiento *hippie* y eventos icónicos de la contracultura mexicana, como el festival de Avándaro. ¿Cómo recuerda aquella época? ¿De qué manera estos movimientos marcaron a su generación? ¿Influyeron en su escritura de alguna forma?

El 68 no nos tocó de cerca, nos cayó encima y fue muy traumático porque hubo compañeros que fueron a la prisión o al exilio; a algunos les hicieron simulacros de fusilamiento, además de los muertos. Fue un tiempo de ruptura y de tremenda confusión para muchos. Yo no participé muy activamente porque, aunque era estudiante todavía, me había casado y tenía una bebita; pero sabía lo que estaba pasando y era espantoso. Por otro lado, los cursos se interrumpieron, había desconfianza de todo, a veces hasta de los propios amigos, y a partir de allí cambiaron muchas cosas. Una muy banal: las chavas empezamos a usar pantalones y muchos chavos e incluso maestros, por suerte, dejaron de ir de traje y corbata a la facultad.

Después de todo esto, en lo personal, me interesó muchísimo una búsqueda interior que estuvo muy presente en gran parte del movimiento *hippie*, en Inglaterra y Estados Unidos, sobre todo. Recuerdo más (aunque no fui a ninguno de los dos) el festival de Woodstock, en el estado de Nueva York, que el de Avándaro, pues me conectaba muy poco con el rock que se estaba haciendo en México en aquella época. Pero después hubo grupos muy buenos.

Creo que estos movimientos marcaron de manera muy distinta a cada quien. No me atrevería a hablar en nombre de mi generación, porque siempre fui bastante excéntrica; pero para mí fueron años de un tremendo aprendizaje, en todos sentidos. De aquí salieron mis primeros libros, pero después entré en una crisis que me impidió escribir durante mucho tiempo. Mi primer libro más formal apareció en 1972, y el siguiente, que se publicó en la UNAM, hasta 1981. A partir de allí, han salido uno tras otro.

En su poesía hay una búsqueda constante por la realidad, un vaivén entre lo visible y lo invisible, el sueño y la vigilia. Por ejemplo,

en *Bomarzo*: “En todo había esa pequeña sombra,/ asterisco o araña/ clavando sus patas en lo real,/ lo que nos parecía lo real.” O: “Tal vez el temor descubrir/ pequeñas verdades ramplonas,/ pre- visibles,/ nos llevaba a inventar esos seres mag- níficos,/ sin rostro”. A partir de esto, ¿qué sería la realidad? Es una pregunta difícil, pero ¿cree que la poesía puede acercarse a ella, o es más bien un me- dio para explorar sus múltiples facetas?

Múltiples facetas o múltiples niveles de realidad. Me encanta una noción de la filosofía de la India que hace corresponder varios niveles de realidad a varios “cuerpos” internos, por decirlo así, aptos para percibirlos y experimentarlos. De estos, la realidad concreta, cotidiana es sólo el primer nivel, un primer atisbo de lo que puede percibirse si uno se interna no en las galaxias sino en su propio interior. La meditación, que practico desde hace varias décadas, justamente me ha abierto muchas de estas puertas y eso se refleja inevitablemente en mis poemas.

La compilación de su *Poesía Completa* (1946-2012) co- mienza con el poema “Naxos”, el cual aborda el mito de Teseo y Ariadna; la voz poética, perdida en el labe- rinto, se dirige a Teseo: “Me has dado la sed, el viento y la arena que se escapa entre mis dedos”. Más adelante: “Y te aguardo callada, frente al desierto incesante, temblan- do como un desdibujado contorno de espejismos”. ¿Qué le evocan estos versos a Elsa Cross actualmente? ¿Qué ha implicado esta búsqueda, ese perderse en el laberinto? ¿Qué hilos le han servido —o cuáles ha encontrado— para guiarse?

Acabo de mencionar uno de esos hilos, el más importante para mí, que ha sido la meditación, porque ha tenido un doble efecto de guía: en mi vida personal y en mi escritura. Me sacó hace muchos años, efectivamente, de un laberinto (o un agujero negro). Y a veces me deja visitar otros, casi con propósitos de creación. Esos versos, que escribí a los diecisiete o dieciocho años, me evocan un espacio que correspondería a alguno de esos varios niveles de realidad, el del subconsciente y los mitos, que siempre ha estado muy presente en mí.



Fotografía cortesía de Elsa Cross



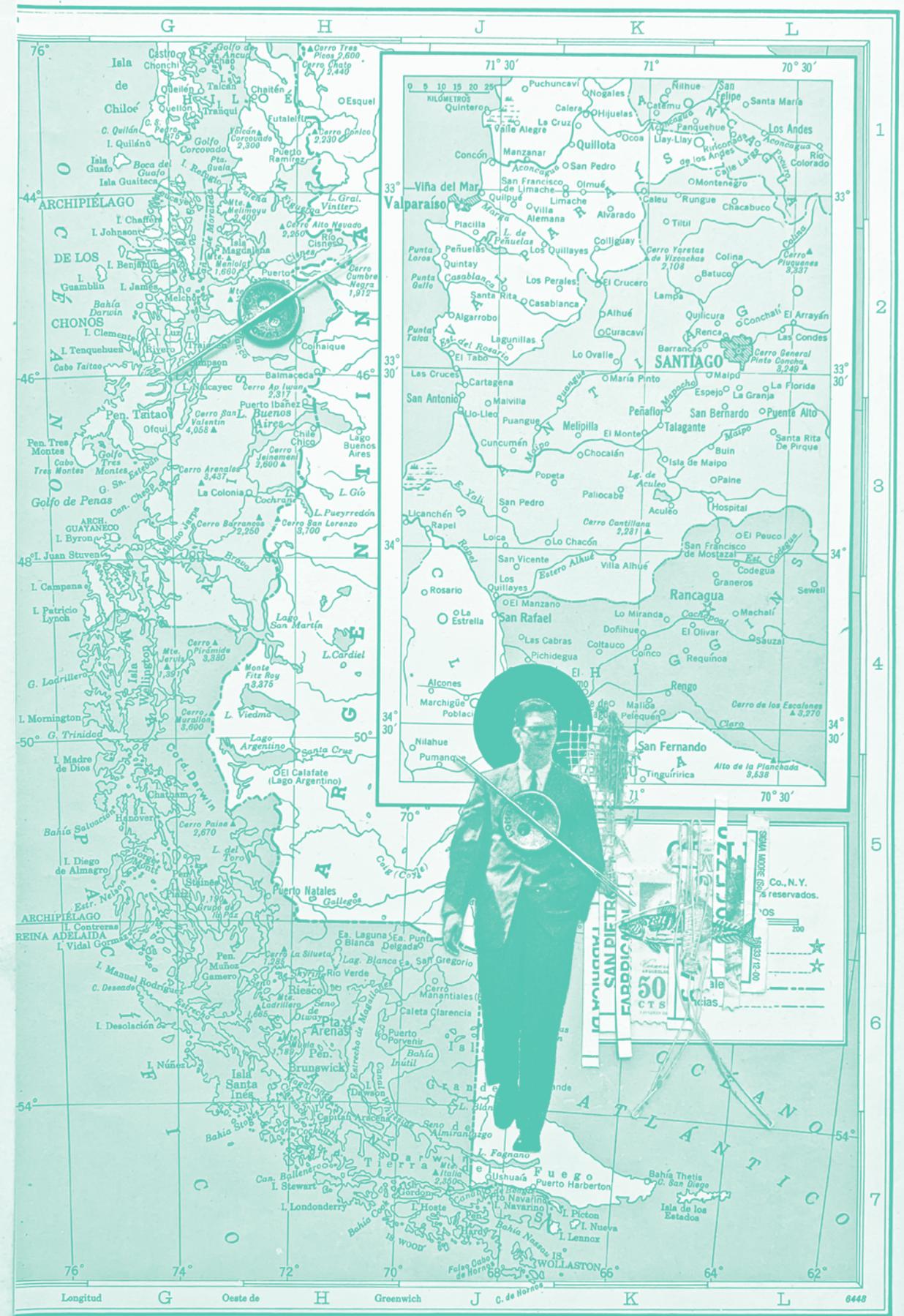
No Ariadna, pero sí Dionisos ha sido una presencia constante en mi poesía, desde ese primer poema, de 1966, hasta algunos muy recientes. En este espíritu, escribí libros con títulos como *Pasaje de fuego*, *Bacantes*, *El vino de las cosas (Ditirambos)*, series de poemas como “Baco”, y otros en diversos libros. No ha sido la única obsesión en mi poesía, pero sí ha estado presente, durante muchas décadas, de una manera muy viva, no porque sea una referencia literaria, sino porque siento que corresponde a impulsos profundos del espíritu humano.

Bacante

He cruzado dos veces tu puerta
 endiosada de ti
 y comí de tu carne
 llevando guirnaldas de serpientes
 y bebí de tu sangre
 coronada de hiedra perenne
 Y te miro reinando en lo alto
 donde siempre te ocultas
 y te miro en lo bajo
 extranjero
 donde no te conocen
 quienes te adoran fieles
 y llevan tus colores
 sin saberlo
 donde tú recompones
 no un cuerpo despedazado
 sino el alma escindida
 de sí misma
 y arrojas luz
 sobre tu propia oscuridad
 Allí te descubro
 como fiera agazapada
 en lo alto de un risco
 como pura vibración
 en lo alto de un grito
 como flor inmaculada en medio del pantano
 Y él me miraba y yo lo miraba

De Elsa Cross, *Isla Negra*, Ediciones ERA, 2023
 (Premio Mazatlán de Literatura 2024).

Ofelia Ladrón de Guevara (Xalapa, 1998). Es escritora y crítica de cine. Fue becaria de la Fundación para las Letras Mexicanas (2023-2024). Trabaja como productora en la Escuela de Escritura de la UNAM.





CALICANTO

Citlalli Santos

Magullada la flor deja de ser perfecta.
Entre el calicanto
me bautizó el río
como mar y poza.
Y desde entonces traigo en el cuerpo
marcados todos los golpes de las piedras.

71

Citlalli Santos (Oaxaca, 2000). Ha publicado en *Periódico poético*, *Punto de partida*, *Círculo de poesía* y *Tierra Adentro*, y es parte de *Versas y Diversas muestra de poesía lésbica contemporánea* (2021), *Bestiario de Talavera: Animalotes* (2023) y *Voces desde la misma nube* (2023). Es autora de *Temporal de azucenas* (2024).

DE VOCES Y AUSENCIAS: UN RECORRIDO POR CH'AYET K'INAL

Alejandro Durán Moctezuma

Ch'ayet k'inal (2024) o *Las formas de la ausencia*, publicado en la colección Tierra Adentro por el Fondo de Cultura Económica, es el segundo libro de Delmar Penka (1990), escritor de origen tseltal radicado en Chiapas. Traducido del tseltal al español por su mismo autor, esta voz, que es un murmullo individual y un alarido comunitario al unísono, nos demuestra que la pluralidad de vivencias siempre recae en el cauce de la vida humana.

Las formas de la ausencia, más que capítulos, tiene heridas. Como todas las narrativas indígenas de nuestro país, nos muestra un recuerdo en cada llaga, la sabiduría forjada por el sufrimiento y la melancolía, pero también nos enseña la fortaleza que emana de sus palabras y experiencias. Así, la lectura de este libro nos representa como sociedad y como sueño, es el eco de una voz fresca que retumba en la caja de resonancia que es la deuda histórica de un país asolado por la nostalgia.

Delmar Penka conserva de su oralidad tseltal no sólo la potencia creadora de imágenes, sino también el empoderamiento de su palabra con las claves de un demiurgo bilingüe capaz de adentrarnos, tanto desde su lengua mayense como del español, en un encuentro de dos

naturalezas en un solo mundo: el mexicano. Es así como nos presenta un espejo que tiene al mismo tiempo la función de ventana, con una hospitalidad que nos hace sentir su dolor, su tristeza y la ternura que recuerda, evidenciando que estamos aquí para amar hasta que nos duela.

Este libro está constituido por siete capítulos donde se explora la ausencia en varias facetas. Desde la privación de objetos que delatan nuestra convivencia con la realidad, hasta las profundas separaciones que nos definen como seres para la muerte, pasando por aquellas que nos duelen porque no nos tocaron a nosotros.

En la primera sección, *Ch'aybil biluketik* (Cosas perdidas), se habla de estos objetos que de una u otra forma nos identifican; ya sea cierta ropa que nos caracteriza, un pasaporte, o las verdades que ya no caminamos, pero también las palabras que usamos, las amistades o la capacidad de contemplar. En la segunda sección *Te stsaltomba o'tanil* (El duelo), con una gran técnica ensayística, Penka explora el dolor que implica la separación por el sueño eterno; aquí su gran acierto es que nos envuelve en su melancolía, pues nos conduce frente a su *Meme'* (su bisabuela) la última vez que habló con ella; así nos conecta con nuestras propias pérdidas, con nuestro propio dolor.

Después tenemos dos desgarradores testimonios de la cotidianidad indígena en el México actual: *K'ubul ay te jna* (Lejos de casa) y *Scha'ta jbjatik ta patil* (Reencuentros postergados). En el primero se evoca la desventura de Humberto, un amigo cercano al autor que tiene la necesidad de migrar a Estados Unidos. Irse a otro país y dejar atrás la identidad desde la conformación de lo indígena se combinan para formar un relato profundo que nos permite conocer la ausencia no sólo como víctima sino también como victimaria; alejarse del hogar puede ser una forma de desdibujarlo. Cuando se renuncia a él nos llevamos una parte, y tanto lo que dejamos atrás como nosotros nos quedamos incompletos.

En la siguiente sección nos relata la angustia de la desaparición desde la mirada de los pueblos originarios. Sin victimizarse, Delmar Penka recuerda a su tía Delia, una mujer que se aleja de su comunidad para buscar una vida mejor, y de quien dejan de tener noticias. Así, las barreras del idioma, la oleada de violencia en Chiapas y la revictimización de ser mujer se vuelven parte de su memoria colectiva. El autor ensaya sus ideas desde el intelecto y desde las entrañas, transmitiendo un dolor que se convierte a la par que en un trágico recuerdo, en una denuncia que muestra lo que ocurre más allá de las ciudades, tan ajenas al azul del cielo que nombra el escritor en *Las formas de la ausencia*.

¿Y si lo que se nos perdiera fuera el alma? *Pojbil ch'ulel* (Alma despojada) y *Tup'en k'ajk'* (Fuegos extintos) exploran esa posibilidad. En una comunidad que tiene tan arraigada la tradición de los ancestros, Delmar Penka nos muestra cómo la ausencia de la palabra no sólo nos desconecta del mundo, sino que también impide empatizar con los demás. Nos explica cómo la depresión es una enfermedad ligada

Ch'ayet K'inal

Delmar Penka

Tierra Adentro

México, 2024, 247 pp.



al extravío del alma y de la palabra, con fatales consecuencias para quien lo sufre.

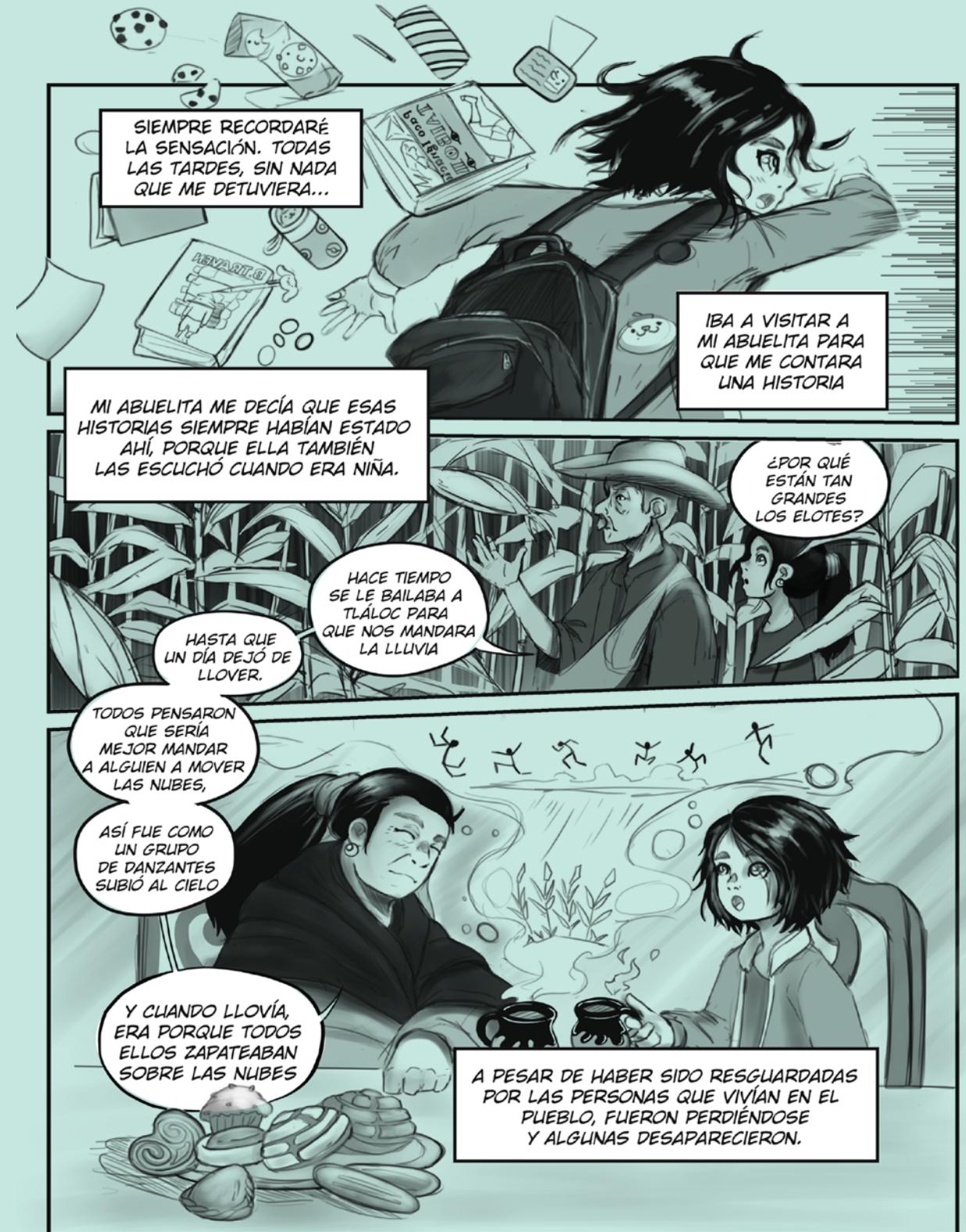
Para cuando llegamos a la última sección, *Jeltesel ta o'tan* (Resurgir adentro) el recorrido ya ha sido emotivo; al leer este capítulo sentimos cómo hemos madurado con las vivencias del autor. Pero él no se detiene ahí, cierra con broche de oro al expresar cómo es que ante ese dolor de las ausencias crecemos, nos reconocemos humanos y nos volvemos más sabios. Es pues, un cierre que nos permite reconfortarnos.

Sin lugar a dudas, *Las formas de la ausencia* es una lectura necesaria para entender nuestra actualidad; resulta sanador leer cómo Delmar Penka evoca el pasado de su tradición tseltal mientras, sumergiéndonos en el color vibrante de su voz narrativa y ensayística, también nos hace una invitación vigente a reflexionar las pérdidas, para desempolvar los viejos caminos que nos lleven de nuevo, como a Humberto o a la tía Delia, a casa. 

Alejandro Durán Moctezuma (Morelia, 1991). Docente y maestro en Estudios del discurso por la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo. Conduce el programa radiofónico *El ideario. La fiesta de las ideas* donde entrevista a escritoras y escritores mexicanos. Ha colaborado con la revista *Río Seco*.

parzzival

CONEJOS EN LA LUNA



SIEMPRE RECORDARÉ LA SENSACIÓN. TODAS LAS TARDES, SIN NADA QUE ME DETUVIERA...

IBA A VISITAR A MI ABUELITA PARA QUE ME CONTARA UNA HISTORIA

MI ABUELITA ME DECÍA QUE ESAS HISTORIAS SIEMPRE HABÍAN ESTADO AHÍ, PORQUE ELLA TAMBIÉN LAS ESCUCHÓ CUANDO ERA NIÑA.

¿POR QUÉ ESTÁN TAN GRANDES LOS ELOTES?

HACE TIEMPO SE LE BAILABA A TLÁLOC PARA QUE NOS MANDARA LA LLUVIA

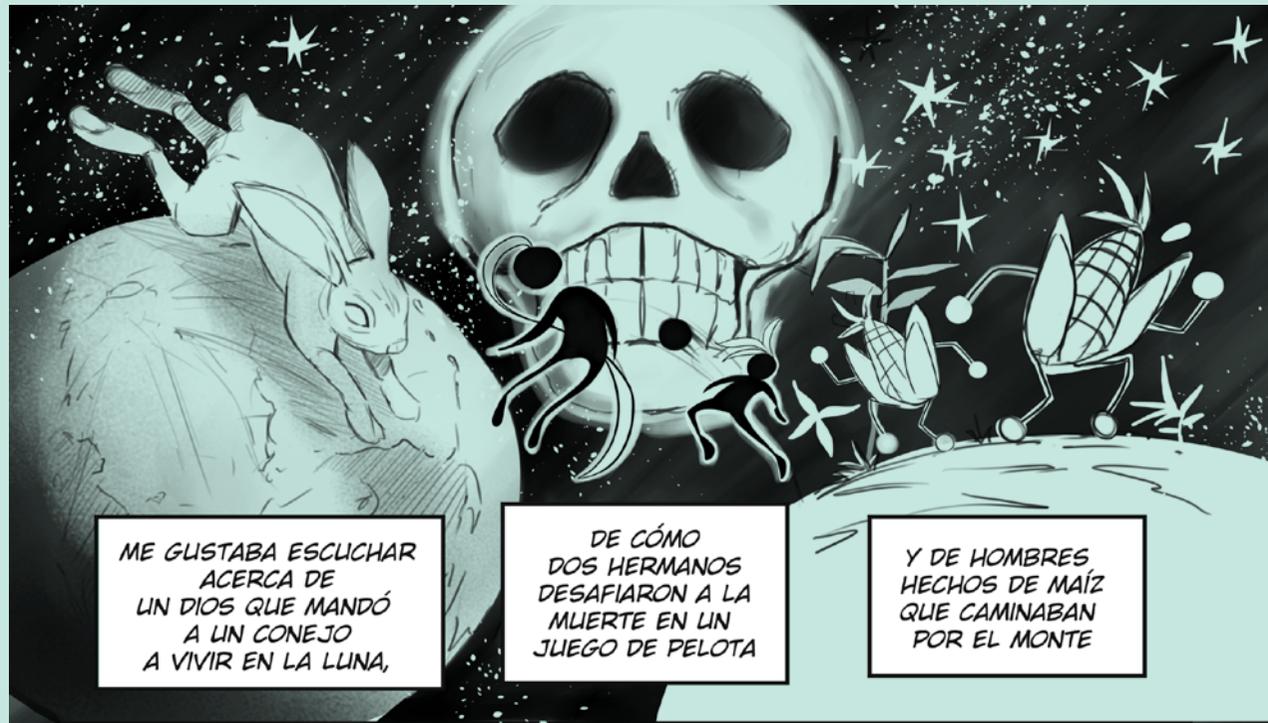
HASTA QUE UN DÍA DEJÓ DE LLOVER.

TODOS PENSARON QUE SERÍA MEJOR MANDAR A ALGUIEN A MOVER LAS NUBES,

ASÍ FUE COMO UN GRUPO DE DANZANTES SUBIÓ AL CIELO

Y CUANDO LLOVÍA, ERA PORQUE TODOS ELLOS ZAPATEABAN SOBRE LAS NUBES

A PESAR DE HABER SIDO RESGUARDADAS POR LAS PERSONAS QUE VIVÍAN EN EL PUEBLO, FUERON PERDIÉNDOSE Y ALGUNAS DESAPARECIERON.



ME GUSTABA ESCUCHAR ACERCA DE UN DIOS QUE MANDÓ A UN CONEJO A VIVIR EN LA LUNA,

DE CÓMO DOS HERMANOS DESAFIARON A LA MUERTE EN UN JUEGO DE PELOTA

Y DE HOMBRES HECHOS DE MAÍZ QUE CAMINABAN POR EL MONTE



MI ABUELITA ME CONTÓ QUE HACE TIEMPO INTENTÓ REUNIR ESAS HISTORIAS

OYE, MAMÁ TERE, ¿QUÉ ES ESTO?



¡HOLA! BUENAS TARDES

DISCULPE, ¿AQUÍ VIVE EL SEÑOR JUAN?



LO SIENTO MUCHO, ÉL MURIÓ HACE TIEMPO

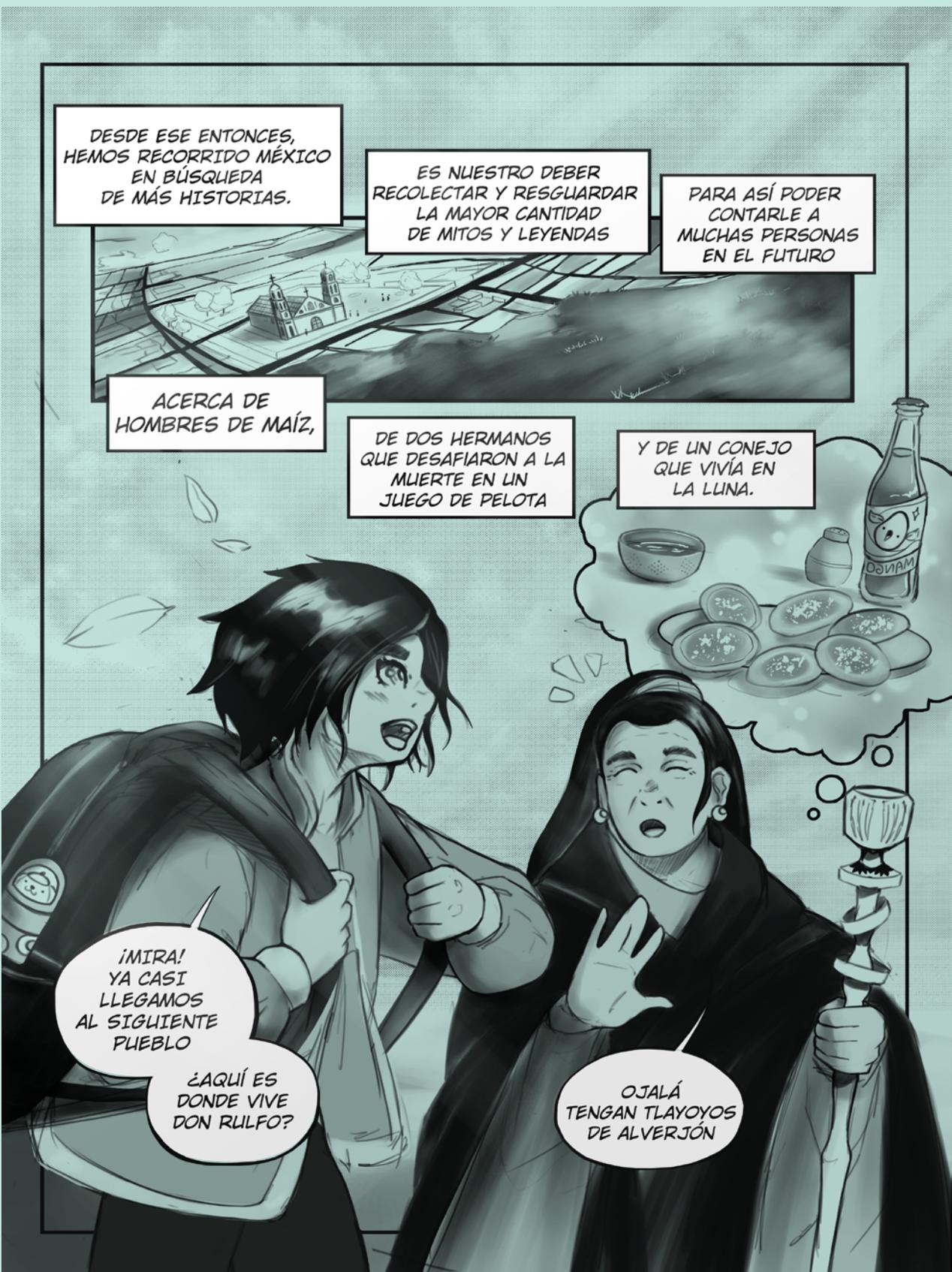
OH...



HOLA, ¿ESTA ES CASA DE DON CIRILO?

SI, PERO PERDIÓ LA MEMORIA HACE MUCHO

PERO CADA VEZ SE HACÍA MÁS COMPLICADO ENCONTRARLAS



DESDE ESE ENTONCES, HEMOS RECORRIDO MÉXICO EN BÚSQUEDA DE MÁS HISTORIAS.

ES NUESTRO DEBER RECOLECTAR Y RESGUARDAR LA MAYOR CANTIDAD DE MITOS Y LEYENDAS

PARA ASÍ PODER CONTARLE A MUCHAS PERSONAS EN EL FUTURO

ACERCA DE HOMBRES DE MAÍZ,

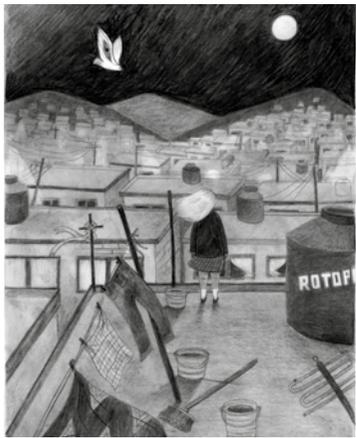
DE DOS HERMANOS QUE DESAFIARON A LA MUERTE EN UN JUEGO DE PELOTA

Y DE UN CONEJO QUE VIVÍA EN LA LUNA.

¡MIRA! YA CASI LLEGAMOS AL SIGUIENTE PUEBLO

¿AQUÍ ES DONDE VIVE DON RULFO?

OJALÁ TENGAN TLAYOYOS DE ALVERJÓN



PORTADA

Rosario Lucas

(Tlalnepantla, 1994). Dibuja, escribe y hace cómics y fanzines. Trabaja de forma autogestiva desde 2019, en una casa azul en los cerros de Atizapán de Zaragoza.

📍 rosariolucash

Daniela Ivette Aguilar

(Ciudad de México, 1991). Editora, collagista y bordadora. De día trabaja con palabras, de noche juega con tijeras y agujas.

📍 fibrayhebra



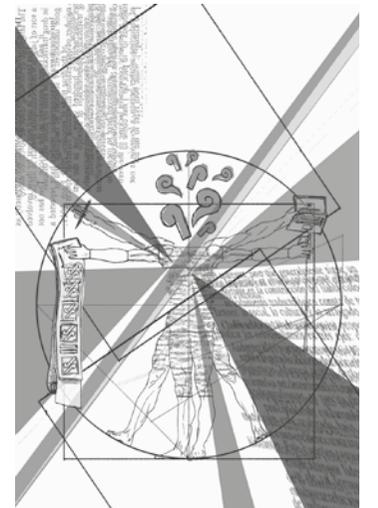
Luis Escobar

(Coatzacoalcos, 1997). Inició su formación en dibujo y pintura en el taller del maestro Pedro Guillen Cuevas en Mérida. Posteriormente cursó varios talleres libres en la facultad de Artes Plásticas de Tucumán. Ha participado en diversas exposiciones colectivas y forma parte de la editorial Gatito Peludo.

📍 luisescobarsan

Ricardo Briseño

(Ciudad de México, 1993). Dibujante y educador, especialista en Historia del Arte y licenciado en Diseño y Comunicación Visual por la UNAM. Participó en la exposición ¡Es hora de golpear! de La Mole Convention en 2016 y ganó el 2º lugar del Concurso de logotipo por los 60 años de la Gaceta UNAM.



Ana María Santacruz Delgado

(Colombia, 1994). Abogada y socióloga, estudiante de la Maestría en Derecho en la UNAM.

📍 _agua_lluvia_

TINTA SUELTA

Raúl Cirilo Salazar Baéz "Parzzival"

(Yaonáhuac, 1998). Es arquitecto por la BUAP. Ha ilustrado las portadas de la serie de libros Leyendas de Yaonáhuac. Su obra explora e reinterpretla la cultura popular mexicana, la historia prehispánica y la mitología.

📍 parzzival_



